



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



Pasión o sentimiento. El ensayismo liberal en Eduardo Mallea y Víctor Massuh

Héctor Ghiretti
CONICET – UNCuyo
hector.ghiretti@gmail.com
hghiretti@mendoza-conicet.gob.ar

A pesar de la distancia temporal que existe entre los ensayos de Eduardo Mallea, Historia de una pasión argentina y Víctor Massuh, La Argentina como sentimiento, existen elementos comunes que ponen en contacto el esfuerzo de reflexión de dos autores de tradiciones y formación muy diversa. Las dos obras se producen en un contexto de alteración y crisis institucional, en tiempos convulsionados de la Argentina. En las dos se busca una solución armónica al conflicto. En ambas se advierte una tensión provocada por los elementos novedosos y se busca en una nueva síntesis la prolongación de la identidad nacional, según la configuración recibida por la tradición liberal.

1. En busca de sentido

En los tormentosos días de 2002, una fuerte necesidad de introspección de la identidad nacional en crisis me llevó a buscar lecturas orientadoras, textos que me ayudaran a entender el país desde la distancia en la que me encontraba de él, en esos momentos. Por la actividad que estaba realizando –una tesis doctoral en filosofía política- apenas podía permitirme lecturas de ensayos reconocidos, destacados. Pero no tenía muchos recursos de ese tipo en la biblioteca de una universidad española que no se caracteriza precisamente por su interés científico por el mundo latinoamericano o argentino.

Fue así que decidí llevar a cabo algunas lecturas que había postergado varias veces. Dos de los libros que incluí en mi pesquisa fueron *Historia de una pasión argentina*, de Eduardo Mallea, y *La Argentina como sentimiento*, de Víctor Massuh. Los leí uno después del otro, de manera inmediata. Mi idea entonces era evitar en lo posible planteamientos extremos, demasiado lastrados en términos ideológicos: no me interesaba repasar las visiones apocalípticas como las del nacionalismo tradicionalista ni de la izquierda revolucionaria.

Mi objetivo era buscar perspectivas profundas y hechas desde el afecto, pero equilibradas. Sólo bastante tiempo después reparé en la relación conceptual que existía en los títulos: quizá lo que realmente me atrajo de los libros de Mallea y Massuh -novelista y filósofo, respectivamente- era su apelación a la *pasión*, al *sentimiento*, y no a la razón. Quizá así -intuí-, evitando los diagnósticos rigurosos de la razón calculadora o especulativa, podría comprender los defectos y las insolvencias de nuestra vida como pueblo. Quizá así se podría entender mejor la crisis.

Este, probablemente, es el mejor argumento que puedo ofrecer para justificar este estudio comparativo. ¿Qué otra cosa emparenta o enfrenta a Mallea con Massuh? Trataremos de averiguarlo. En cualquier caso, el primer móvil para tratarlos en conjunto fue esa coincidencia espaciotemporal con mis inquietudes y congojas de argentino afligido.

2. Historia de una pasión argentina, o la exaltación del individuo creador

2.1. Un texto polifacético

El libro de Mallea, publicado en 1937, posee en sí varios registros. Así como Mariano Picón Salas señaló en la obra propiamente literaria de este autor una fuerte presencia de lo ensayístico,¹ hay en sus ensayos una fuerte presencia de lo narrativo. *Historia de una pasión argentina* es a la vez, un *bildungsroman* autobiográfico, en el que se describe el itinerario vital del artista juvenil, un conjunto de ensayos sobre la identidad nacional (en el sentido argentino y también americano) a partir de la percepción de una crisis profunda y grave, y también una colección de estampas descriptivas de paisajes físicos y humanos de nuestro país y de otras latitudes. Hay una decidida presencia de lo espacial, de los escenarios por los que transcurre la vida del protagonista, que es él mismo.

Es, como se puede ver -entre otros rasgos- en el énfasis y la intensidad significativa del texto, un producto juvenil. Esto se confirma en el hecho de que se lo presenta como la recapitulación de una evolución que ha dado como resultado la madurez psicológica y literaria del autor. Esa afirmación de la madurez es en sí misma revelador de su carácter iniciático.

Nuestro interés se limita a la componente ensayística del texto, que es, al menos desde el discurso explícito que ya se encuentra en el título, su *leitmotiv*. Aunque como veremos, este tema dominante se encuentra desplegado a través de (y encadenado por) las diversas circunstancias por las que pasa el protagonista en el transcurso de sus años juveniles y su iniciación como escritor. Por esta razón, aunque nos limitaremos al análisis del ensayo, será inevitable señalar interacciones y solapamientos con los otros elementos del texto.

Pueden señalarse en el texto ocho partes, que se desarrollan con criterio cronológico, a saber: 1) una breve introducción en la que se anticipan de los contenidos del libro; 2) su infancia en una pequeña ciudad del sur de la provincia de Buenos Aires; 3) su traslado a la Capital Federal y sus años de primera juventud, de vida intelectual y bohemia en cenáculos literarios juveniles; 4) el desencanto de pertenecer a un mundo de la apariencia, a una sociedad del brillo superficial y la opulencia material, y la búsqueda consiguiente de una Argentina *invisible*, profunda y auténtica, que termina encontrando en el Interior; 5) el descubrimiento de jóvenes espíritus descontentos que advierten lúcida pero aislada y muchas veces intuitivamente el mal que se cierne sobre el país; 6) sus experiencias con extranjeros (personales, con el hispanista norteamericano Waldo Frank la anónima y fascinante artista norteamericana, intelectual con el Conde Keyserling, filósofo alemán) que le revelan directa o indirectamente aspectos decisivos de la identidad nacional y regional, sobre todo las de origen hispánico; 7) su regreso al Interior y una anécdota que revela el efecto perverso del país “visible” sobre el “invisible”; 8) sus itinerarios por el Viejo Continente su fascinación inicial por la cultura, el arte y la historia de Europa, y su repentino hastío ante los procesos políticos que están alterando su fisonomía; 9) su regreso a la Argentina redescubierta después de su propia abnegación, su anonadamiento como artista y como hijo de esta tierra, el reconocimiento de su nula capacidad para realizar un aporte al país y la clara visión de la necesidad de tomarlo como una obra de creación.

¹ Picón Salas, Mariano. *Prólogo* a Mallea, Eduardo. *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1971, t. I, p. 14.

Nuestro primer abordaje consistirá en caracterizar las partes más relevantes del libro según el criterio temático mencionado, puesto que sólo con posterioridad será posible establecer una concepción común o un hilo conductor.

2.2. Prefacio

El autor abre el texto confesando la pesada e insoportable angustia que siente por su tierra. Emplea dos metáforas para ilustrarlas: la del médico que vela al lado del enfermo, lo ausculta y busca signos que le revelen la naturaleza del mal que lo aqueja, y la de la hermosa mujer que ve en la Argentina. Afirma que el fruto del vientre de esa mujer, el pueblo, está perdiendo sus viriles virtudes, su condición original. Busca el diálogo con los argentinos auténticos, los argentinos de verdad, para conmovierlos, o lo que es lo mismo, “moverlos conmigo”:

“Hacia nuestra Argentina, argentinos insomnes; hacia una Argentina difícil, no hacia una Argentina fácil. Hacia un estado de inteligencia, no hacia un estado de grito. Quiero decir con inteligencia: la puesta en marcha de una desconfianza en nosotros mismos junto con la confianza; sólo esto es fecundo. Mientras vivamos durmiendo en vagos bienestares estaremos olvidando su destino. Algo más: la responsabilidad de un destino. Quiero decir con inteligencia la comprensión *total* de nuestra obligación como hombres, la inserción de esta comprensión viva en el caminar de nuestra nación, la inserción de una moral, de una espiritualidad definida, en una actividad natural.

Es necesario ir hacia ello, no detenerse argentinos, argentinos taciturnos, argentinos que sufren la Argentina como un dolor de la carne.”²

Contra los argentinos irracionales, “vendidos a oros ignominiosos”, que “hacen de” argentinos o “viven de” la Argentina, y su creciente predominio en los destinos del país, el autor pide una más precisa y clara conciencia, una conciencia que madure y movilice. Es esa conciencia defectuosa e incompleta que se puede experimentar entre los argentinos la que los confina a una condición de *pueblo verde* (que no joven: para el autor es una inocente pero peligrosa mentira). Y es esa conciencia morosa, inmadura, la que podría terminar diluyendo la identidad diferencial de los futuros argentinos.

Pero esta conciencia inmadura o imperfecta no es un estado permanente, sino más bien un extravío: “el extravío de nuestro pueblo es joven, tiene los años de este siglo: poco más de treinta y tantos”.³ Significativamente, Mallea advierte la mutación regresiva en los inmigrantes llegados antes y después. Aquellos que arribaron cuando “todavía estaban vivas las voces de nuestras inteligencias”, que se unieron a la edificación de la Argentina con un vínculo religioso y participaron en la gesta moral y material de la construcción del país; y los que llegaron después, encandilados por las luces metropolitanas, alegres por fuera y sordos por dentro, con la aspiración de una vida más cómoda, atados a los destinos nacionales pero sin afán por conocerlos.

La culpa de esto, afirma el autor, es de los argentinos, pero no parece estar interesado en condiciones de mostrar ese cambio primero o causal en ellos. E inmediatamente manifiesta, sin demasiadas razones, la necesidad inevitable e imprescindible de hablar de sí, en el registro de una confesión a algunos hombres, que provea confortación:

“Estas páginas dictadas, ya lo he dicho, por una ansiedad, por una aspiración, por una necesidad de diálogo. Quisiera tener algunos rostros argentinos vueltos por un instante a mi propia desazón, a mi

2 Mallea, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*. En: *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1971, t.I, p. 308.

3 Idem, p. 311.

propia lucha, a mis propias esperanzas, a mis agonías y renacimientos frente a un pueblo cuyo destino me retiene en los límites agrios del desvelo.”⁴

Esta necesidad de confesión, esta introspección autobiográfica revela a nuestro juicio un elemento fundamental del texto de Mallea: *más que la crisis o los serios problemas de identidad o de crecimiento que advierte en el país, le interesa dar noticia detallada de la angustia que eso le provoca como observador*. Sólo así adquiere sentido la inusual composición del texto.

2.3. Años de infancia

El protagonista nace en el hogar de un esforzado y austero cirujano, en Bahía Blanca. Mallea advierte que no tiene *casi* una infancia metropolitana. Se sitúa en un grupo social que denomina la *burguesía idealista*, por contraposición a la otra, la *burguesía embotada*. Sorprende la referencia política con la que caracteriza a su padre, emparentado con la familia de Domingo Faustino Sarmiento. Es una de las pocas que se encuentran en todo el texto. Antiguo partidario de la Unión Cívica, amigo de Udaondo y funcionario público, se retira del cargo por cuestiones de probidad moral. Mallea explica que la Unión Cívica se extinguió por las deserciones al radicalismo.

“Pese a estas migraciones aisladas y fortuitas, pocas veces ha alcanzado el civismo argentino grado más admirable de honradez colectiva como en aquellos años de organización decente y repudio a la oligarquía. Los años que precedieron inmediatamente al 1916 fueron el digno y recio advenimiento a la política de unos hombres que sentían la cosa pública bajo especie de actuante probidad.”⁵

El autor experimenta desde muy temprano la influencia del entorno físico, del paisaje pampeano desértico, sin confines. Entiende que en ese contexto, el hombre se encuentra solo, con su destino, “no como individuo de una clase, parcela de una suerte social colectiva, no como ente de la fortuna, no como sujeto de las alternadas: trabajo y ocasión -sino como persona de aparente libertad terrible y si no, peligroso”. Detrás de él observa una ominosa presencia: “la sombra grave que sigue al que dilapida”.⁶

Sus primeros años transcurren en estrecho contacto con los niños de la colectividad extranjera en esa ciudad, sus compañeros de escuela: europeos, en su mayoría nórdicos o anglosajones. Sus tutores y profesores son, asimismo, extranjeros. Experimenta una fuerte atracción hacia ellos.

“La vecindad de estos hijos de colonizadores, de esos casi extranjeros, me exaltaba de modo oscuro y secreto. Sentía gravitar su tenacidad sin énfasis sobre la suerte de mi tierra. Los quería... Venían a traer una sabiduría natural de las intemperies a nuestra sangre reciente.”

La seguridad de estos niños en las propensiones, los gustos y los proyectos, contrastan con sus compatriotas condiscípulos: “años más tarde, al cursar los años del Colegio Nacional, no encontré en mis compañeros argentinos una determinación comparable a la de aquellos recién llegados”. En aquellos hijos de extranjeros adivina “el designio de hacer un país”.⁷ En estos un carácter indolente y calculador que era reflejo de la actitud dominante de los educadores y docentes argentinos.

“Si antes había aprendido en inglés quién era San Martín, aquí empecé a olvidarlo tenazmente. La psicología de mis condiscípulos era otra, creada por aquella indolencia, por aquel perpetuo abandono del maestro, y nadie se preocupaba sino del vivir cómodamente, con poca lectura y menos repaso. Del serio carácter nórdico a la holganza criolla, el tránsito no me fue al la sazón desagradable.”⁸

4 Idem, p. 313.

5 Idem, p. 316.

6 Idem, pp. 317-318.

7 Idem, p. 320.

8 Idem, p. 321.

Sólo tiene recuerdos agradecidos para los maestros europeos. El autor da detallada cuenta de sus lecturas juveniles: Dumas, Dickens, Stevenson, Gaboriau, Thackeray, Meredith, Hardy, Maupassant, Turguenev, Goethe, Balzac, Stendhal, d'Annunzio. No se encuentran autores nacionales y su preocupación por los acontecimientos del país también brillan por su ausencia. También explica su particular atención por las alternativas de la guerra europea: toma partido por la causa de Francia y Gran Bretaña. Su despertar juvenil adopta la forma de la creación literaria vanguardista y la vida bohemia, y tiene lugar conjuntamente con el descubrimiento de la metrópoli. El aspirante a artista observa su entorno humano con marcado desprecio.⁹ Reconoce que de los dos alimentos esenciales de la vida, la acción y la pasión, él se nutre de la pasión, del padecimiento consciente, del sufrimiento causado por el afán de perduración y de unidad.

En la Facultad de Derecho tampoco encuentra profesores dedicados y entusiastas, sólo “hombres vacuos, petulantes y grises”, que como mucho exhibían “cierto trivial ingenio burgués”.¹⁰ A las tediosas clases universitarias, prefiere las afiebradas discusiones filosóficas y literarias: Croce, Spengler, Apollinaire, Joyce. Mallea ve crecer en su interior una angustia metafísica, generada por su entorno humano en el que advierte una vulgar búsqueda del beneficio individual y un desdén práctico por la justicia social.

“Durante semejante crisis, qué asombro ver alrededor un mundo para quien la concepción de su propio destino ostenta una irresponsabilidad opaca y animal. ¡Qué difícil concebir, respecto de la inteligencia, esa traición en pleno razonar! Porque todos esos hombres de mi mundo circundante razonaban –pero ¿desde dónde? ¿Desde la conciencia, desde la entraña? No. Desde cierto foco vegetativo dotado de instinto, de mera voluntad de conservación.”¹¹

El autor descubre el sentimiento de lo heroico en el hombre (santo, asceta, sacerdote, militar, artista), a la vez que se revela su notoria ausencia en la sociedad que vive. Lee a Blake, a Rimbaud, a Kierkegaard, a Nietzsche, a Novalis, a Hölderlin, apasionados exploradores solitarios de cumbres borrascosas. No encuentra respuestas en la ciencia, en las lecturas académicas obligadas. Sólo las encuentra en la intemperie, los márgenes artísticos del pensamiento. Lee a San Agustín: se despierta el hambre de eternidad y se enciende un proceso que lo llevará a la conversión al catolicismo. Lee a los místicos: Teresa de Ávila y Juan de la Cruz. Descubre en ellos al espíritu hispánico. Se aleja de la abstracción filosófica.

2.4. El país visible

Desde ese estado espiritual, el autor descubre la existencia *instrumental* de sus compatriotas.

“Y yo estaba ahí, angustiado, sin “fines”, en mi ciudad, sin lindar con nada sino con los terribles “medios”, que son los que tienen vigencia en la vida de los argentinos. Siempre los medios... ¡Los medios! O sea la falta de visión del todo, esto es, el principio, la falta de visión del vivir armónico, del vivir íntegro.”¹²

Ante la comprobación de que en su entorno se vive una existencia en términos de *representación*, de pura apariencia, el autor asume la existencia de una presencia real, que sostiene al mundo de relumbrón que lo rodea. Busca la identidad de los argentinos auténticos, que permanecen ocultos, sepultados en las profundidades de la tierra.

9 “... no me rodeaba más que gente de un desapego beocio por las cosas de la inteligencia, incapaces de devorar un libro -¡ni siquiera apenas leerlo!-, enarbolar un sueño absurdo o llevar en el alma esa llama insensata donde se enciende la deflagración de una utopía, una heroicidad o un misticismo.” Idem, p. 325.

10 Idem, p. 328.

11 Idem, p. 331.

12 Idem, p. 339.

“Quiere decir que había un hombre argentino visible y otro hombre argentino no visible, silencioso, obstinado, conmovido y laborioso en el fondo tremendamente extenso del país, en las estancias, las provincias, los pueblos, las selvas, los territorios. Y aun en la ciudad, mas en la ciudad profunda, no en la fácil, no en la inmediata. Pero la primacía, la pujanza actual era del primero.”¹³

Ese ocultamiento se le ocurre deliberado, producto de una confabulación, que lo rebela. Para ello se embarca en una búsqueda en pos del verdadero país. El recurso a la metáfora vegetal aparece nuevamente, sustituyendo casi a la realidad que pretende ilustrar.

“Necesitaba buscar mi Argentina, mi Argentina en su verdadera vida, en su drama, en su conflicto, y no en la prosperidad exterior volcada en las metrópolis, en el fárrago cotidiano y en la confusión general de todas sus felices improvisaciones. Necesitaba ponerme en viaje y encontrarla. Pero ¿por dónde empezar? ¿Hacia qué latitud dar el primer paso? Como no hay cosa que pueda ascender sin levantarse desde la tierra, lo que ante todo requería yo era afianzarme en ella diferentemente de los otros, no estar tendido en ella de modo adventicio, sino hundirme en ella, entrar bajo su superficie, no levantarme sino después de haber vivido la experiencia subterránea del rizoma, que brota casi incorpóreo de un rico cuerpo claustral.”¹⁴

Mallea afirma buscar a la Argentina en su humanidad, en la manifestación del hombre desnudo.¹⁵ Sus primeras exploraciones le revelan un desalentador mundo de apariencia, de ficción. La naturaleza hostil, glacial, muda de la metrópoli le revela en sus que en los grupos humanos que la habitan hay “algo desgraciadamente sacrificado a una actitud, algo profundo y auténtico que vivía en el cauce de esas almas sacrificado a una especie de moral inauténtica”.

El hombre de Buenos Aires se caracteriza por una “sorprendente inteligencia de brillo dérmico” y una gran “aptitud asimiladora de cultura”, lo que se traduce en una incapacidad de metabolismo y transformación de lo absorbido. Una cultura que no se transforma en vida.¹⁶ Un elemento común vincula a los habitantes de la ciudad.

“La pregunta huelga: el nexo era la misma ansiedad de dominio y de poder contante y sonante en un mundo donde todo aparece fácil, donde el cielo es tan prodigiosamente claro, los crepúsculos tan distintos en su esplendor diferenciado, las noches tan universales, el clima tan sin extremos – por momentos plúmbeo, por momentos inestable, a la larga clemente. Son esos contingentes venidos de fuera los que han pronunciado la palabra riqueza y planteado los términos de la lucha.”¹⁷

Los domina una aspiración de riqueza y comodidad, son un puro material humano plástico, a la espera que algo o alguien le de un orden corpóreo, activo.

“Claro está que esa matriz no podía ser naturalmente otra más que la forma espiritual de nuestro pueblo. Pero algo grave había sucedido. Y es que a medida que el contingente humano de extranjeros iba nutriendo más caudalosamente nuestro suelo, por todos los puertos, ferrocarriles y caminos, nuestra forma espiritual, nuestro acervo de alma y conciencia iba debilitándose explícitamente en toda la superficie del país.”

El autor asume la tesis de la aculturación nacional producto del masivo contingente migratorio, con la decisiva cooperación de los responsables recientes por el destino del país:

“Tal degeneración, tal debilitamiento de nuestra fisonomía espiritual, la he creído obra sólo de un estado presente y fluctuosamente pertinaz –estado espiritual, intelectual y moral- de los hombres que lo han expresado en el correr de nuestro siglo, o, mejor, que se han apoderado de su expresión. Es el fruto de la decadencia de esos hombres.”¹⁸

13 Idem, p. 340.

14 Ibidem.

15 Idem, p. 342.

16 Idem, p. 344.

17 Ibidem.

18 Idem, p. 345.

Prosperidad personal, apariencia, lujoso fariseísmo. Falsa aristocracia, refinamiento improvisado que oculta una barbarie intrínseca. Un mundo en que lo importante es el gesto, una existencia adjetiva y no sustantiva, unos hombres que dejan de serlo para convertirse en meros derivados. Puro follaje estéril, sin raíces reales, puramente adventicio.

La decadencia cultural, que se advierte en los cantos, las danzas y la producción cultural del país manifiesta una deficiencia peor que la que puede observarse en los Estados Unidos: en su caso es una “deficiencia de sazón”, en el nuestro es la regresión de un estado de madurez ya alcanzado, que ha degradado en “exaltación atómica y personal”, egolatría propensa a la exaltación y la elocuencia, simulacro de cultura y desconfianza.¹⁹

Para Mallea, tal diferencia entre los pueblos se debe a su diferente génesis histórico-religiosa. Señala un contraste entre el cuáquero puritano y el conquistador español, entre la teología moral del primero y la teología mística del segundo, la demanda de respuesta frente al Libro en el primero, y la demanda de respuesta frente al infinito en el segundo. El libro es un hecho, el infinito una pura aspiración. La *construcción* y la *creación*.

Las relaciones causales que pretende establecer entre esta configuración espiritual dispar con los vicios que denuncia no queda, de todos modos, demasiado claro.

A continuación el autor se ve obligado a refutar la tesis de que el mal tiene que ver con la exaltación de instintos básicos. Para él, el instinto no carece de fines. Hay hombres que son fines –santos, artistas, héroes- pero el problema radica en los “hombres-medio”. No es problema de instinto, sino de “una complacencia delictuosa del talento en su propio engaño y de la libertad creadora en su morosidad, en su inercia disfrazada de movimiento, en una esterilidad aparentemente fructuosa”.²⁰ Mallea no explica cómo, cuándo ni por qué esa libertad creadora, propiamente católica e hispánica, trocó en el activismo estéril que remeda el afán constructivo del cuáquero.

El autor se siente contaminado por ese mundo de apariencias, de ficción. Asqueado, lo gana un desánimo por el destino del continente: “¡América, tierra promiscua, tierra sin salvación!”.²¹ Sólo obtiene consuelo en los espacios deshabitados, frente al río. El rechazo de ese mundo ficticio le sugiere la existencia de otro, verdadero, que se propone buscar y descubrir, pero sumergiéndose en él.

“Cuando vi, en esta tierra que quería con desordenada pasión, la imagen de ese desorden en marcha vestido con los ornamentos de un orden estricto, seguro y como ritual, sentí la necesidad de evadirme, de evitar ese contacto que podía tornar a cualquiera malsano, a su semejanza. Me pareció que siendo un pueblo de origen sano, auténtico, rápido y pródigo de inteligencia, fundamentalmente desprendido, fundamentalmente de cara a todos los vientos universales que nos llegaban de forma de criaturas o acontecimientos, estábamos encaminándonos, por cierta complacencia en un vicio prematuro, a quién sabe qué nieblas, quién sabe qué destinos, quién sabe qué extravíos. Tuve necesidad de hundirme en el otro mundo, en el no ostensible, en el que yacía sumergido, quién sabe a qué profundidad por debajo de nuestra inconsciencia disfrazada de superconsciencia ensoberbecida.”²²

Para el autor, el *mal visible en la superficie del país* no es un delito del espíritu, del alma o del intelecto, aunque sin duda tienen que ver, sino de la *conciencia*: la supresión de sus propias raíces. Es la “deformación exterior de un pueblo, sus rasgos violentados por esa floración anormal que iba creciendo en su fisonomía”.²³ Pero está lejos de resultar clara la precisión que realiza al respecto: ¿es la conciencia una entidad que podría situarse en otro

19 Idem, p. 349.

20 Idem, p. 350.

21 Idem, p. 352.

22 Idem, p. 353.

23 Idem, p. 354.

lugar que no fuera el intelecto o el espíritu? ¿Se trata de algún tipo de materialidad acaso? Mallea no parece obligado a dar explicaciones al respecto.

2.5. El país invisible

El autor advierte una diferencia antropológica decisiva entre los argentinos.

“Si hay dos hombres en el mundo psicológica, ética, socialmente diferentes, esos dos hombres son el habitante del “hinterland” argentino y el habitante de la ciudad. En la dimensión de esa diferencia me pareció siempre residir la dimensión de nuestro posible crecimiento hacia la positiva integración de nuestro destino.”

Mallea encuentra diferencias radicales entre uno y otro, “en sus ambiciones, ansias e inquietudes”, hasta en su aspecto físico. Hay en los habitantes del interior “una cierta cultura natural, cierta rudimentaria vocación de sabiduría”, que revela un fondo moral muy rico. La idealización del provinciano ante el de habitante de la metrópoli es notoria.²⁴ El autor encuentra una esencial *armonía* del primero con el entorno físico al que pertenece: da ejemplos de ello en Jujuy, Tucumán, San Juan.

Esta comprobación le permite realizar una subrepticia sustitución que no solamente lo releva de plantearse críticamente la disposición vital y la psicología de los tipos humanos argentinos del Interior, sino asimismo entregar, en vez del paisaje humano que su exploración antropológica exigiría, descripciones de escenarios naturales, paisajes urbanos. Al describir la variada y rica geografía natural y urbana del Interior del país, Mallea cree estar describiendo a sus pobladores.²⁵ Esa naturalidad que el autor observa en las provincias es asimismo una condición del pensamiento, por contraposición al artificio urbano. Es una naturalidad vegetal, fértil, arraigada, un tipo de humanidad en estado puro.²⁶

“¿Quiero aludir al gaucho, quiero aludir al paisano, al agricultor, al estanciero? No. No aludo a ninguna de estas “profesiones”, sino a un estado especial, al estado de un hombre argentino éticamente muy definido, que se parece, hasta identificarse en modo asombroso, al clima propio, la forma, la naturaleza de la tierra argentina. De la tierra argentina y de su proyección intemporal, de su proyección como historia y como nacionalidad.”²⁷

Desde esta perspectiva, el mal del país superficial adquiere una dimensión menos angustiosa, menos grave.

“Porque, cosa que me parece muy importante, este argentino cuya proyección actual es invisible, ha tenido, y tendrá por consiguiente otro día, con el correr de nuestra historia, en el formarse de nuestra nacionalidad, en el devenir esencial de la Argentina una proyección predominantemente activa.”

24 “Cuando este hombre invisible fue para mí visible, cuando me acerqué en la ciudad capital y en las ciudades del Interior a su continente grave sin solemnidad; silencioso sin resentimiento; alegre sin énfasis; activo sin angustia, hospitalario sin cálculo de trueque, naturalmente pródigo; amigo de los astros, las plantas, el sol, la lluvia y la intemperie; pronto a la amistad, difícil a la discordia; humanamente solidario hasta el más inesperado y repentino sacrificio; lleno de exactas presencias y zumos de sabiduría, simple sin alarde de letras; justo a fondo, más amigo del bien directo, de la ecuanimidad de corazón que del prejuicio teorizador; viril, templado en su vehemencia, tan morigerado en la vida –morigerado en su codicia- que no le espanta con su ademán la muerte –pues nada le arrebató que él no haya ofrecido antes con humana dignidad-; cuando me acerqué a este hombre –y lo vi siempre solitario ante una tierra que lo circundaba sin proporción, dándole sufrimiento no sólo material, sino de espíritu por aquello de Pascal –creí con alegría haber hallado el cogollo vivo de mi tierra. Fue una experiencia que no puede compararse sino con el gozo extraño de hallar, de pronto, el objeto de un vago y hasta entonces no localizado amor. ¿Qué angustia no cede, dejando en lugar de su borrascoso vacío un cuerpo, en el momento de hallar una fuerza encarnada sobre la cual depositar nuestra esperanza en disponibilidad, nuestra confianza errante en estado de penuria?” Idem, p. 359

25 Idem, p. 355.

26 Idem, p. 357.

27 Idem, p. 358.

El país invisible parece llamado al protagonismo futuro, en virtud de su actividad auténtica, fecunda. Mallea advierte que la suya no es una contraposición meramente geográfica, o espacial.

“Lo que llamo argentino invisible no es, de manera simplista, el hombre del campo en contraposición con el hombre de la ciudad. La diferencia estriba en que existe un hombre cuya fisonomía moral es el de nuestra naturaleza no desvirtuada, de nuestra naturaleza natural. No importa que quien entrañe esta última viva en la capital, ni importa que aquel que tiene la fisonomía moral de nuestras ciudades viva en nuestro “hinterland”. Esto puede ser una circunstancia fortuita. Lo importante no es dónde estos hombre están, sino cómo son.”

La aclaración parece más bien una confesión de parte, o la incómoda explicación de las circunstancias vitales del autor (que no abandonaría Buenos Aires como residencia permanente). Lo cierto es que Mallea no se esfuerza por buscar los tipos humanos auténticos en la metrópoli ni está dispuesto a cuestionar su descripción idealizada del hombre del Interior. La distinción permanece *esencialmente* espacial, al punto que insiste en el elemental condicionamiento de la naturaleza “natural” sobre el comportamiento y la personalidad de los hombres, algo que difícilmente podría darse en entornos radicalmente urbanizados.

El autor cree encontrar la clave de la superioridad moral del hombre del Interior en lo que denomina la *exaltación severa de la vida*: una disposición de fondo moral y religioso (trascendente, pero también natural), que se manifiesta en una elevación espiritual, desprovisto de trivialidad. La pomposa retórica de Mallea nuevamente conspira contra mayores precisiones o mejores desarrollos del concepto. Éste se disuelve en una especie de estado de comunión primigenia y directa con Dios y con la naturaleza.²⁸

Esta disposición es propia del hombre americano, porque tal como la entiende, la historia de América es la historia del hombre ante la rebeldía del espacio, y es la historia del dominio directo, material y espiritual, de la naturaleza, de una creación directa a partir de la pura naturaleza. Esto lo priva de argumentos falsos ante su obra: “la realidad que tiene ante sí es inédita”. Mallea ilustra con diversos ejemplos el trabajo creador que se realiza en la Argentina invisible. Se trata de una actividad esencialmente espiritual, que ha sufrido una sustancial degradación en las últimas décadas:

“Desde los tiempos de la organización nacional el trabajo de la Argentina visible ha sido de más en más un trabajo sin ensueño, un trabajo desprovisto de espiritualidad. Físicamente, en el sentido de la civilización confortable, lo que se ha hecho es enorme; espiritualmente, en el sentido de la cultura, lo que se ha hecho es nada, lo que se ha hecho es regresar, regresar sin medida, perder terreno cada día. Cuanto más ahondemos nuestra observación peor será la decepción con que lo comprobaremos; pero no es necesario ahondar; el mal llega ya a la epidermis y se le reconoce en los más inmediatos síntomas: basta ver a los hombres que nos rigen en los dominios de la vida pública y académica. Son infinitamente más mediocres, torpes, triviales, plebeyos e individualistas que los hombres de nuestras primeras horas, y si fuéramos a auscultar su aspiración profunda nuestra repugnancia más profunda.”²⁹

El autor señala la fecha en la que se inicia el descamino argentino: la organización nacional. Previamente y como ya se ha visto, ha precisado que la decadencia habría comenzado con el siglo XX. Las referencias históricas son vagas y contradictorias, y no permiten pensar que Mallea tiene una idea precisa al respecto. ¿Es ese despliegue creador que lo asombra y lo entusiasma algo propio de los tiempos anteriores a la llamada Organización Nacional? ¿Fue en algún momento esa “Argentina visible” que tanto desprecia un agente de creación espiritual? ¿Es posible aspirar a una renovación de la

28 Idem, pp. 360-361.

29 Idem, p. 364.

dirigencia que provenga de la Argentina invisible? ¿Puede el mal epidérmico afectar el núcleo íntimo de la Argentina auténtica, es realmente grave?

“¿Qué diferencia con los hombres no ostensibles, los profundos, los subterráneos, los llamados a una existencia trágica en el fondo del pozo que sólo recibe la estrella, pozo solitario y sin paisaje, con su extenso abismo bajo el arco sideral, con sus alternativas de noche y sol y contratiempo, pozo grave, oscuro, pozo permanente! Los unos gárrulos y contentos; los otros hilando en las noches de llanura, o en la oscuridad creadora de la ciudad, o al borde rocoso de las montañas, o en el templado litoral, o en el sur frío su pertinaz silencio sin amargura a lo largo de las jornadas argentinas; los unos ricos de solemnidad; los otros, solemnes de orgullosa pobreza; los unos triviales ante la materia demasiado dócil; los otros trabados con las alternativas de una perenne resistencia, resistencia de tierra, roca, clima, ciencia; los unos representando, los otros creando.”³⁰

El autor insinúa apenas una relación de prevalencia entre los dos tipos, sin definirla ni explicarla, sin mostrar un antagonismo real o un conflicto explícito: “la diferencia más grande era que cuando uno de esos pequeños universos comenzara a morir sería exactamente el momento en que otro comenzara a vivir”.³¹

2.6. El resurgir de la conciencia argentina

El odio del autor a la Argentina aparente da lugar al desprecio y éste lo mueve a buscar aquellos compatriotas que compartían con él el descontento creador. Los encuentra, poseídos por un ardor grave, intenso pero discreto: natural y fuertemente argentinos, que trascienden los mandatos instintivos en cuanto a la vida y sentimiento.

“A un sentimentalismo difuso, a un impulso creador demasiado vago y meramente instintivo, aun encadenamiento de desordenadas emociones, estos hombres nuevos habían de traer, una vez que su obra se exteriorizara y articulara, una vez que su acción adquiriera coherencia y consistencia, el imperio de una energía espiritual. Sin esta primacía de una interior estructura, ni hombre ni país alguno pueden cumplir por entero su destino de organismos vivientes, sufrientes y pensantes, su verdadero destino creador.”³²

El autor busca las causas profundas de la degradación cultural americana y argentina. “A ese mundo externo le faltaba libertad, le faltaba conciencia”. Esas dos ausencias se le presentan como decisivas y sólo pueden surgir de un auténtico crecimiento, entendido como nacimiento constantemente renovado. Esta armonía se obtiene a través de la experiencia del dolor, del sufrimiento.

“Desconfiemos de la felicidad americana; y no vayamos a buscar lejos nuestro argumento: en lo que se refiere a la Argentina sólo sus períodos de penuria y dolor han coincidido con el fluir de su grandeza real: los prolegómenos de su emancipación, el construirse interior de su organización nacional los años de la campaña emancipadora de América y la edad de la tiranía han sido las puertas abiertas hacia las visitas más solemnes de una grandeza corpórea y encaminada. La capacidad de sufrimiento –no digo ya la vocación– es fundamental en un pueblo, y esa capacidad es tan propia de la conciencia humana que para que exista sólo es menester que la conciencia exista “verdaderamente”. ”³³

Es ese crecimiento y maduración del dolor, vivido en silencio, el que permite el surgimientos de las diferentes conciencias argentinas: “la conciencia moral, la conciencia histórica, la intelectual y la humana”.³⁴ Esta conciencia no comparece a través de procesos lógicos, como han intentado explicarse los intelectuales extranjeros que se han interesado

30 Idem, p. 365.

31 Idem.

32 Idem, p. 368.

33 Idem, p. 371. Más adelante, Mallea insiste en la necesidad de experimentar dolor, como factor de maduración personal e individual. En esta ocasión lo hace en relación con la fe religiosa: “mi ansiedad se dolía de no vivir en un país de catolicismo perseguido; porque es la persecución, y no las honras, lo que hace grandes y fieles a los hombres”. Idem, p. 404.

34 Idem, p. 372.

por el país. Hace falta más que lógica: hace falta un conocer a través de un sentir, “un modo de existir particular hecho de pura vida, hecho de pura vida encaminada de adentro hacia fuera, así como van por la vida sin inhibición de ningún género el confiado y el presciente”.

2.6. Los interlocutores extranjeros

Mallea incluye una extensa relación sobre su descubrimiento del continente americano a través de tres personajes extranjeros: el ensayista norteamericano Waldo Frank y el filósofo alemán Keyserling, de visita en nuestro país, y una artista norteamericana, natural de Florida, residente en la Argentina.

Mientras que el texto dedicado a Frank es una admirada descripción del personaje y su actitud intelectual, con algún inciso de su experiencia y su observación de tono existencialista de la ciudad de Buenos Aires, y la relación con la artista es una especie de aguafuerte en torno a su personalidad sintética de lo anglosajón y lo hispánico, el contrapunto a las tesis del Conde Keyserling sobre América es bastante más interesante.

El autor caracteriza la extravagante e inestable faceta del pensador alemán en su paso por la Argentina. Keyserling señala que el sudamericano se caracteriza por una “sensualidad frenética y reptil”, propia del macho después del coito. Su existencia es esencialmente material, telúrica, alejada de la vida del espíritu, y por tanto inaccesible a la razón especulativa. No hay alegría en la existencia del argentino, sino melancolía. La exuberante y salvaje naturaleza del continente lo horroriza y lo agobia. Mallea reacciona indignado ante el vulgar determinismo biológico de Keyserling.

“Quien creía haber transportado su espíritu al grado más alto de supremacía, es decir, a la absoluta dominación del miedo, padecía un verdadero terror al encontrarse con la naturaleza desnuda, donde el bien y el mal viven sin haber sido espantados por esa misma civilización que le había hecho a él perderse por el camino de la fantasía, en la maraña abstracta de los símbolos.”³⁵

El autor es implacable en sus juicios. En su opinión, “Keyserling siente una turbia repugnancia y pugna por reducir esa realidad que se le escapa por todos los poros a las intuiciones primarias de su predisposición y su desvarío.”

“Toda su interpretación la reduce a la tierra, a lo telúrico, pero por esto: porque la tierra lo posee y lo pierde él la posibilidad de someterla a una meditación no aterrada. Al ir a gritar su horror ante tantos seres aprisionados por la tierra, es él quien revela el modo como está repentinamente poseído, y sólo de tiempo en tiempo su espíritu confiere a aquellos seres que pueblan América Hispana, al librarse él mismo, la esperanza de su liberación. Él mismo es víctima de la condición que les depara, ya que cuanto más auténticamente desprevenido y generoso es un espíritu, menos capaz es de concebir una zona de humanidad entregada a la absoluta prevención y la sordidez.”³⁶

Pero esta certera crítica a las ideas de Keyserling sobre América podría no dejar indemne su concepción de esencial identificación/coimplicación entre la naturaleza física y la humanidad que el propio Mallea descubre en la Argentina invisible. Las diferencias están en las valoraciones y juicios que uno y otro vuelcan desde una misma forma de plantear la relación entre el hombre y su entorno.

No es de despreciar el hecho de que Keyserling formula sus juicios desde un rechazo previo, un odio que lo aísla y lo enajena de su objeto de estudio, a diferencia de Mallea. El escritor argentino en cambio funda su análisis en el afecto por su objeto de estudio, algo que es decisivo para la comprensión y la correcta intelección de cualquier cosa.

Presumiblemente advertido por la similitud señalada, Mallea realiza una distinción que le parece fundamental: contra la tesis del alemán de “liberarse de la tierra como fin de

35 Idem, p. 389.

36 Idem, pp. 389-390.

todo esfuerzo de perfeccionamiento individual”, propone la idea de *levantarse de la tierra, sin liberarse de ella*, sin desarraigarse y sin a-terrarse.³⁷

Mallea intenta comprender el rechazo de Keyserling. A fin de cuentas la de éste es una “intuición fría”, propia del viajero precipitado, “fecunda para sí misma pero absolutamente estéril en cuanto al mundo que ve”. En definitiva, el pensador alemán se ha enfrentado a ese mundo de la apariencia: “era difícil que viera lo que es demasiado hondo y profundo para ser percibido al azar de una ojeada que se precipita”.³⁸

2.7. Libertad y donación

El encuentro y la relación con la anónima mujer le permite a Mallea articular su concepción de la herencia hispánica de la Argentina.

“Ahorro y circunstancia son ataduras originales del alma del norteamericano. Ahorro y circunstancia son lo contrario del desprendimiento de sí y la libertad que en el genio hispánico existen siempre en olor de heroísmo; ahorro y circunstancia son ataduras.”³⁹

Para el autor, “lo mejor de la naturaleza de nuestro pueblo esta hecho del silencioso casamiento de esos dos ánimos: el ánimo de donación y el ánimo de libertad”. Esta combinación es la continuidad del espíritu español en nuestra tierra.

“Todos los acontecimientos –por lo menos los más elevados y orgánicamente consecuentes- de nuestra historia, o sea la materialización misma en símbolos de nuestra esencia, son actos fundamentales de donación.”⁴⁰

Pero esos ánimos se encuentran oscurecidos y desarticulados por la evolución reciente.

“El alegre vegetar, crecer, manifestarse de este pueblo, se produce mediante la representación casi exclusiva de un irradiante optimismo; todo parece en el país superficie y bonanza; pero en su fondo late una discreta rémora, un dolor aparentemente remoto, pero sensible, no fácil de desentrañar, callado, muy oculto. Y esa prudente y nada explícita taciturnidad no es otra cosa que la convicción de no estar cumpliendo el destino creador de su alma, sino de vivir limitadamente dentro de las fronteras de su destino biológico.”⁴¹

Esa mermada situación condiciona la vida política del país. Cada vez que puede, Mallea manifiesta un sutil pero invariable rechazo a la política.

“Gracias a esta reclamación profunda este pueblo ha sentido a veces la mera causa de un partido político engrandeciéndola imaginariamente como el canal ofrecido para la liberación fluvial de aquel otro destino, el más importante. La he sentido como una mística. En verdad es un pueblo a quien la política, que suele tener el aire de interesarle sobre todo, lo deja durante largos plazos indiferente; y su interés repentino, cuando aparece, no es más que la esperanza de justificarse en un movimiento de fe. Pero el sol de cada día cae a plomo sobre esa oscura represión; sin liberarla, sin darle, en vez de un cauce de fe, apenas más que una confianza vital en la alegría de vivir, proponiéndole una satisfacción somática.”⁴²

Este interés espasmódico por la política revela una incapacidad o un obstáculo para honrar su tradición.

“Si la Argentina tiene un ritmo, ese ritmo es el acompasado oscilar interior de su profunda aspiración incumplida. Interrumpida su tradición, su gran deseo es el deseo de un miembro separado del cuerpo que tiende con todas sus fuerzas a reunirse con él. Ese cuerpo, esa tradición, es tal vez, humanamente, uno de los más armónicos y fuertes del mundo, porque la gesta de los Andes y el tiempo que comprende la organización nacional de un admirable estado de alma como nación, no tienen tal vez similar, en cuanto fueron la glorificación expresa de un pueblo en estado esencial de

37 Idem, p. 390.

38 Idem, p. 391.

39 Idem, p. 400.

40 Idem, p. 405.

41 Idem, p. 401.

42 Ibidem.

amor. De pronto, cuando ese amplio gesto de donación de sí llega a un punto culminante, los pasos del país se detienen, son detenidos. No hay, del todo, colapso; pero sí un inhibitorio malestar. Y esa forma de danza que comunicaba a todo un continente el ritmo de un raro heroísmo –un heroísmo hecho de pura espiritualidad y misericordia como es el arraigarse en los hielos más inexpugnables del planeta para ir a llevar a otras regiones libertad-, se transforma en otro ritmo, en el de una aspiración potencial, en el de un pasivo deseo, en una pasiva expectación. Sobre la superficie del país camina una mala vegetación parasitaria; no es que vaya ella a destruir una salud, pero la enferma. Y el andar de dentro, la movilidad del espíritu están, en el vivir del país, detenidos. El ritmo grande, reducido.”⁴³

Mallea señala los recursos que posibilitarán superar la crisis. Existe un poso cultural en todos los pueblos que les permite resurgir.

“Pero éste es su ciclo malo, en realidad, no su esencia. Todos los pueblos tienen fondos esenciales que superviven materialmente simbolizados en su literatura y en su historia y sin las cuales esencias las nacionalidades se disgregarían y disolverían como las islas de los archipiélagos. Y en la cohesión que guardan los elementos de ese fondo radica el destino mayor a que puede aspirar un pueblo, que es de tener, no imperio físico sobre todos, sino hegemonía de espíritu, en el sentido en que tiene hegemonía la inspiración de un artista sobre la devoción de quien lo recibe en su fervor.”⁴⁴

Es algo desconcertante que alguien que ha excluido de su texto deliberadamente toda referencia histórica o literaria nacional y se ha regodeado en su lectura de autores europeos y anglosajones, e incluso que ha calificado a la propia literatura argentina como un conjunto de libros truncos, parciales, mutilados (como si se pudiera exigir otra cosa de una literatura nacional)⁴⁵ encuentre en esos libros olvidados el último recurso cultural que permitirá salir adelante al país.

2.8. El extrañamiento radical y el regreso

Las revelaciones en torno a los males del país llevan al joven artista a plantearse seriamente la naturaleza de su actitud creadora. A la vez retoma la exploración del país real. “Y la Argentina auténtica, la Argentina profunda, cada vez me parecía más solitaria, más silenciosa, más agobiada por la carga de la otra, de la exterior, de la representativa.”

Pero la imprevista visita a un pueblo del Interior le revela un aspecto insospechado de esa Argentina oculta. El autor es llevado a conocer lo que poseía una “fisonomía definida” en ese lugar. La vegetación, exuberante y bella pero ordenada, las fincas eran ricas y bien provistas, el centro del poblado digno, limpio y armónico.

Pero el paisaje humano era muy diferente. Se le informa que la ausencia de personas se debe a que todos duermen, “todos viven el sueño eterno”. La aplastante indolencia se complementa con la miseria que puede testimoniar en los suburbios. El ruinoso y lamentable edificio que sirve de escuela alberga a unos niños harapientos y sucios, abandonados, y a unas maestras ignorantes y torpes. La Iglesia, fundada en 1823 por el célebre Padre Castañeda, muestra a las claras la desidia y la ausencia de fervor religioso del pueblo.⁴⁶

⁴³ Idem, p. 402.

⁴⁴ Idem, p. 404.

⁴⁵ “Un simple examen de nuestra común literatura permitirá apreciar cómo tras los libros habituales es muy difícil descubrir aquí al hombre entero, existente. Es una literatura de vivencias emocionales bastante vagas, generalmente indefinidas, donde la frecuencia inevitable de ciertas palabras como “nostalgia”, “recuerdo”, “tristeza”, “indecisión”, “incertidumbre”, “horizontes”, acusa una fluctuación oscilante del instinto creador.” Idem, p 395. Como suele suceder, muchas reflexiones críticas de Mallea parecen ser confesiones de parte o veladas o inconscientes referencias críticas a su propia obra o sus características personales.

⁴⁶ Idem, pp. 410-414. Por los datos que aporta el autor, el pueblo es San José del Rincón, ubicado a pocos kilómetros de la ciudad de Santa Fe.

El episodio no parece obligar al autor a revisar sus favorables juicios sobre la Argentina del Interior, sino más bien acusar al poder político de traición a ese mundo ordenado y virtuoso. Esta acusación cursa en dos sentidos. Uno más bien institucional.

“Aquel pueblecito era un símbolo. Aquel pueblecito era el símbolo de un terrible sopor envuelto en el representar cada día más ruidoso de la aparenzialidad, el vocerío, los banquetes, la política, la farsa social, el boato farisaico; aquel pueblecito, en el que estaba, entre otros males, corporizada la traición a Castañeda, era el símbolo de la traición inferida a la dignidad severa, consciente, constructiva, de nuestros hombres primeros, que no se parecen a los actuales visibles sino a los actuales invisibles, a la naturaleza de nuestro hondo pueblo y no del superficial.”⁴⁷

Pero también la acusación va dirigida a ciertos sectores ideológicos de reciente aparición y gran desarrollo por esos años.

“Y pensé, cosa que hago ahora, entregar alguna vez este pequeño cuadro a los que se llenan la boca con la vacua proclamación verbal de su verbal nacionalismo sin pesar que son los más incapaces de hacer nada, nada verdadero, nada honestamente profundo y sin pretextos, por la patria; gentes que no piensan que nacionalismo y patriotismo son sentimientos que muchas veces se contradicen, que este último es un sentimiento esencial, vital, y aquél una mera actitud; pensé en mostrar este cuadro a los que se agrupan en vociferantes comparsas, que gritan vivas sin llevar ellos en su espíritu una mejor patria substancial, como no sean sus gestos, sus arrebatos, sus exacerbadas ignorancias, sus exacerbadas muertes. Pensé en mostrarles este pequeño cuadro y lo hago.”⁴⁸

A la nueva excursión por el Interior sigue otra por Europa, intensa y apasionada, como suele suceder a los hombres de letras argentinos. Mallea reconoce una fascinación incondicional por la historia y la cultura rezumadas en el Viejo Continente y se entrega a una contemplación continuada y sucesiva de sus monumentos y ciudades. Pero el autor posee una amarga revelación, una noche en Roma. Ya ha adelantado la causa del descubrimiento, al comparar a Mussolini con los Césares.

“Y sobrevino el choque. No podía tardar. No sólo en aquella ciudad, entre aquellas gentes, sino en otras europeas adonde me llevó luego el mismo andar impaciente. Vino el choque con sus habitantes; la rebelión ante una actitud que me parecía intolerable, insoportable. Esa actitud se manifestaba como una invasión de humanidad. Y esta invasión de humanidad golpeaba en mí brutalmente los centros más sensibles. Era una depredación llevada contra las conciencias, contra la conciencia de la persona, contra la conciencia humana. Era un asalto, una violación de domicilio moral. Era el meterse violentamente en la ajena conciencia, con ánimo de pillaje. Hombres en su intento de invadir a otros hombres. Gran parte del mundo europeo, las regiones de la dictadura y la violencia, no ofrecían otro espectáculo. Incalculablemente irritadas, las naturalezas se iban contra las conciencias libres, esto es, contra las conciencias en las cuales el acto no es nunca ciego, sino, al contrario, apasionadamente justo. Espectáculo hiriente, espectáculo desolador. Espectáculo en el que la dignidad de la conciencia aparecía pisoteada y ultrajada, el espíritu agraviado, el hombre azotado en su voluntad más pura. Pero ¿qué quería decir, todo eso? ¿Qué quería decir, todo eso? Me sentí sublevado contra semejante voluntad de invasión. La tiranía cesárea me daba náuseas. Me sentí asqueado y cercado por la presión que los tiranos de Estado pretenden llevar con su gesto de arbitrariedad soberanamente estúpida –“los propósitos de la violencia son incalculables, por consiguiente estúpidos”, dice Paul Valéry, y Valéry tiene razón- sobre el hombre y la sed de justicia, el hambre y la sed inmanentes.”⁴⁹

En ese estado de simulacro de orden que ocultaba una sustancial disolución lo lleva a redescubrir la tierra de origen.

“Entonces miré con ojos diferentes aquella América que, atraído por el fasto secular de un orden grandioso, pero ya muerto, había olvidado. La vi desde lejos en una de las crepusculares tarde europeas. La vi envuelta en la dignidad laboriosa de sus pueblos. La vi decidida y segura en su destino con el andar lleno de saludo de un cuerpo joven; la vi un poco más fría en su cabeza geográfica en el idealismo pragmático del norte, ardiente en Hispanoamérica, recorrida toda por ese

47 Idem, pp. 414-415.

48 Idem, p. 414.

49 Idem, pp. 422-423.

viento de libertad. La vi en su animación pródiga. La vi en el espectáculo de sus hombres sin angustia humana, de sus multitudes en marcha, seguras de sí, pródigas.”⁵⁰

El regreso se produce como producto de una conversión personal. El autor regresa desprovisto de todo, “vacío de ganancias trascendentes, tan pobre en propio conflicto, tan desnudas las paredes de mi morada”.⁵¹ Con mayor exigencia de justicia y menos tolerancia al poderoso y al explotador. Escéptico respecto de las lecturas, de los libros leídos, los libros escritos, los artículos, las reflexiones. Sólo conserva la aspiración.

“Es como saber que al fin, cuando me separara más de todo, iba a ir al fin a juntarme más con todo. Por la patria interior se va a las otras, a las de afuera, a la patria nacional y a la patria universal, puesto que la verdadera patria, la profunda, no se hace sola, sino con el interior de cada hombre. Todo mi camino de antes, buscas, necesidad de calor humano, me parecía ahora abjuración de una soledad necesaria.”⁵²

La condición necesaria de la tarea de creación -que es siempre de autocreación- y construcción que debe encararse es el destierro: “un destierro así, en nuestra tierra, es descender a vivir con el país invisible, con la sensibilidad invisible, a vivir con el pueblo profundo”.⁵³ Un destierro que para Mallea parece ser la condición definitiva para la unión perfecta, que se da en el amor.

2.9. Crítica: una pasión adolescente

Como se señaló al inicio del presente trabajo, el texto de Mallea posee elementos diversos entre los que se encuentra una serie de ensayos o aproximaciones interpretativas de la realidad del país. Y decimos que es una *serie* porque la unidad de sentido de las partes resulta problemática. Se trata de desarrollos abiertos, que se suceden sin recapitulación, ni síntesis ni proceso de evaluación crítica.

Esta autonomía temática y lógica de esta serie estaría dando un indicio sobre un pensamiento aún fragmentario, esencialmente vinculado a experiencias personales y por tanto no totalmente objetivado: el texto no pone en discusión una visión de la Argentina, sino las impresiones personales de un joven artista ante el desafío de una realidad compleja y contradictoria como es la del país.

Pero los problemas para la interpretación no acaban allí. En cada aproximación se contienen problemas de coherencia interna. Esas aproximaciones generan más cuestionamientos que respuestas o iluminaciones en torno a los rasgos de la identidad argentina y su evolución a través del tiempo. Resulta necesario analizar estos problemas para después intentar una explicación de la perspectiva general del autor, a pesar de la fragmentación.

2.9.1. Los problemas de la dialéctica

La primera aproximación sustancial a la realidad argentina está dominada por una dialéctica que resignifica clásicas antinomias del pensamiento nacional: detrás de lo que Mallea denomina el *país visible* y el *país invisible*, o el *follaje estéril* y la *raíz fecunda*, o lo *aparente* y lo *real*, se oculta la contraposición entre el Puerto y el Interior, la modernidad y la tradición, lo cosmopolita y lo hispano-criollo, el comercio y la agricultura, lo europeo y lo indígena, la *Civilización* y la *Barbarie*.

Pero esta redefinición podría no aportar elementos decisivos a la antigua dialéctica. La contraposición entre lo visible y lo invisible responde explícitamente a un *punto de*

50 Ibidem.

51 Idem, p. 425.

52 Idem, p. 432.

53 Ibidem.

vista. ¿Desde dónde puede distinguirse lo visible de lo invisible? Evidentemente, lo invisible no se revela como tal cuando se habita en esa región que supuestamente no es sensible a la vista. Lo visible puede ocultar lo invisible en la medida en que se adopte un punto de vista *externo*, o bien desde esa profusión de apariencias que oculta lo que está más allá del campo de visión.

Al persistir en esas distinciones, Mallea no trasciende nunca la limitación de su propio punto de vista. Su perspectiva es foránea, extranjera, más propia de un turista observador que recrea por vía de introspección y empatía los sufrimientos y las sensaciones de los locales que de alguien que busca fundirse o asumir la nueva identidad que le revela la observación o la experiencia. En este sentido, la extensa crítica a Keyserling bien podría ser una suerte de conjura inconsciente o implícita de su propia perspectiva.

Otro género de dificultades presenta la distinción entre lo real y lo aparente, de antigua tradición platónica. Podríamos preguntarnos ¿Qué grado de realidad tiene lo aparente? ¿Es lo aparente una pura ficción, una mera máscara que oculta lo real, o posee una entidad propia, un peso ontológico específico? Por otra parte ¿cómo accedemos al conocimiento de lo real? ¿Tenemos alguna posibilidad de conocerlo a través de un acceso directo que nos permita eludir las apariencias? ¿Cómo afecta la “realidad de lo aparente” a la “realidad de lo real”?

Esta pregunta nos conduce a la gama de metáforas vegetales de las que hace profuso empleo el autor. ¿Es ese “follaje adventicio” una mera presencia superficial que apenas afecta la apariencia del árbol real, o es en realidad un parásito que sorbe la fuerza nutricia de su raíz, debilitándola para nutrir sus frutos genuinos? ¿Es sólo una floración estacional, con un ciclo vital efímero, o más bien una relación simbiótica que se produce en detrimento de las fuerzas reales, pero que responde a una configuración histórica del país, convirtiéndose en parte de su propia constitución cultural, económica, política y social?

Mallea toma resueltamente partido por lo profundo, lo invisible, lo real. La idealización del país que vive en el Interior no admite matices. Ni siquiera el (poco convincente) episodio del pueblito miserable y degradado lo mueve a revisar sus juicios respecto de las provincias: en todo caso su estado de postración es consecuencia de la traición del país visible al país que no se ve.

El reforzamiento impostado o sincero de la oposición entre los dos países opera como enmascaramiento de la realidad argentina. Pero además, esa dialéctica extremada le exige conclusiones al autor que parece no estar dispuesto a hacer explícitas. Y en este sentido la discontinuidad argumental con otras aproximaciones es notoria.

2.9.2. Conciencia situada

Mallea elabora una primer solución del problema al señalar la necesidad de la formación de una conciencia madura de sí mismo. Sus precisiones al respecto dejan que desear, pero bastan para formular una serie de problemas derivados. La primera pregunta que es preciso hacer es si esa conciencia ya existe en alguna parte del país que menciona.

Si ya existe en el país invisible, nada hay que temer, puesto que la *lógica de fines* que lo domina se terminará imponiendo a la *lógica de medios* del país visible. En ese caso el autor debería explicar cómo fue que la inferior lógica del país visible pudo sobreponerse superior lógica del país visible. Ahí estaríamos en el plano de las causas históricas, de las que nos ocuparemos más adelante.

Si en cambio, no existe tal conciencia ni en uno ni en otro ¿qué nos permitiría distinguirlos? Si Mallea es el heraldito de una nueva conciencia, de una conciencia

restaurada, quiere decir que esa conciencia ya no se encuentra presente en las dos partes en las que divide al país. Por otra parte ¿qué forma debería tener esa conciencia madura y consecuente?

Esa conciencia debe fundarse en una correcta situación en el espacio y en el tiempo. Mallea menciona una *conciencia histórica*, pero no parece tener ideas demasiado claras sobre el proceso o la fecha en que se produjo esa fatal deriva del destino nacional, la disociación que detiene su andar. Afirma que los hombres anteriores a 1916 tuvieron un sentido del deber y de la honradez notablemente superior a los que los sucedieron; sostiene en otro lugar que el mal argentino tiene exactamente la edad del siglo (pasado); en otro lugar explica que el descamino proviene de los años posteriores a la Organización Nacional sin dar mayores precisiones. Finalmente insiste en que los argentinos de hoy traicionan el impulso espiritual y constructor de los fundadores de la nacionalidad. Fuera de las mencionadas, no hay concesiones de Mallea a la posible formación de una conciencia histórica. Resulta demasiado poco, esencialmente contradictorio.

Tampoco explica lo que denomina una *conciencia intelectual*. La expresión es equívoca, pero si se está refiriendo a una conciencia fundada en referencias filosóficas, científicas, artísticas o culturales, Mallea parece no tener muchas respuestas en lo que hace a la producción y existencia de esas referencias en el país. *Historia de una pasión argentina* es un libro totalmente desprovisto de referencias filosóficas, literarias o culturales nacionales (lo cual muestra desde otra perspectiva su posicionamiento *externo* respecto del país). Todas las que se encuentran pertenecen a autores u obras extranjeros, clásicos y modernos. Fuera de las declaraciones formales sobre el acervo cultural argentino, el autor tiene una pobre opinión de la literatura nacional.

Sin conciencia histórica y sin conciencia intelectual, es imposible adquirir la auténtica conciencia que es necesaria para reconducir al país a su senda de grandeza y de virtud: la *conciencia política*. Mallea traza un panorama oscuro pero esperanzado del país, que sólo puede concluir en la formulación de un renovado compromiso con la conducción de sus destinos con la construcción de un país auténtico. No obstante, el autor muestra una invariable repugnancia frente a la política, un escepticismo ante la acción transformadora del gobierno.

Se advierte el sutil escamoteo de un planteamiento valiente y honesto sobre este asunto. Si el mundo de la política pertenece al *país visible*, al mundo de las apariencias, como deja entender en algún lugar, su dominio no es mera desfiguración, sino usurpación, opresión y explotación sobre el *país invisible*. Una genuina concientización del país invisible debería llevarlo a un proyecto de poder alternativo, opositor, que le dé nuevamente la primacía. Pero Mallea se abstiene de señalar las consecuencias políticas de la conciencia por la que reclama.

2.9.3. Creatividad, destierro, donación, libertad

Este rechazo de la política está en plena sintonía con el posicionamiento del propio autor frente a la propia vida social o comunitaria. Mallea describe la declinación moral de un pueblo entregado al enriquecimiento y a las comodidades, al cálculo material y la preocupación excluyente por los medios. En ese sentido se erige como un certero crítico de la construcción de la Argentina del liberalismo oligárquico y también como un defensor de las tradiciones culturales del Interior, de la raíz hispánica, de su cosmovisión y de su estilo de vida avasallados por ese proyecto hegemónico.

No obstante, la crítica está lejos de constituir una impugnación radical al liberalismo. Más allá de sus vacilantes juicios históricos, está *velis nolis* dando cuenta de la declinación y crisis del diseño nacional del liberalismo del siglo XIX. Pero hay en su forma de concebir la vida personal en referencia a la vida social un individualismo irreductible, una resistencia deliberada a tomar parte de una entidad respecto de la cual se está subordinado.

Mallea critica el liberalismo materialista y mezquino, pero se mantiene en una posición -comprensible por otra parte dada su condición de artista- de afirmación absoluta del individuo frente a la comunidad, al *pueblo* (el uso que hace Mallea de la palabra es por lo general poco sincero: mejor se siente al hablar de *país*, de *tierra*, de *humanidad*). No hay planteamientos comunitarios, ni de responsabilidad política o social, tampoco de servicio. El individuo se construye a sí mismo aislándose de la comunidad -*desterrándose*-, no formando parte de ella.

El *encuentro* con el pueblo es algo *posterior* y justo por eso, perpetuamente demorado. Aplicado a una perspectiva social o política, es decir, no limitada a lo artístico o lo intelectual, el resultado es un *liberalismo antropológico* que puede, desde su posición cercana al estoicismo, impugnar al individualismo posesivo del liberalismo político y económico, pero que no trasciende sus presupuestos.

Podemos decir que se trata de un liberalismo radical, que va más allá de su propia tradición de pensamiento en el que el individuo se ve liberado hasta de los intereses que son la causa de su construcción ideológica. El rechazo invariable de la política es una consecuencia necesaria de tal concepción del hombre. Esta exaltación del individuo, de su libertad y su potencial creador, tan apropiados para un artista o un pensador, pero bastante menos para un observador o analista de la cultura y la política, tiene un contexto perfectamente definido: el horror que le causan las masas militarizadas de las dictaduras europeas, lo que el propio Mallea denomina -con un término que ameritaría un ensayo aparte- la *invasión de humanidad*, lo llevan a refugiarse en el *destierro solitario en su tierra* -otra expresión paradójica y curiosa: ¿de qué se está desterrando?-.

Cabe preguntarse ¿qué reacción le habrá causado el peronismo, esa fuerza popular, masiva, turbulenta, *aluvional*, que mezcló para siempre esos dos países que Mallea supo distinguir dentro de los confines del territorio argentino? Pero eso es materia de otro estudio.

3. La Argentina como sentimiento o la restauración del individuo libre y creador

3.1. Para entender el momento

Puede decirse que el alma argentina se vio radicalmente interpelada por los sucesos acontecidos entre marzo y junio de 1982. En aquel momento, la derrota de Malvinas y la crisis terminal -política y económica- del régimen militar dio origen a un importante cúmulo de estudios y ensayos, algunos de gran valor, que probablemente sea preciso analizar en el futuro, con perspectiva histórica, como un esfuerzo común por explorar los aspectos propios de la identidad argentina, hacer balance de la experiencia histórica como pueblo y formular hipótesis sobre la posible evolución y progreso del país.

Entre estos textos destaca claramente *La Argentina como sentimiento*, de Víctor Massuh, conocido pensador argentino, recientemente fallecido. El libro se convirtió en un verdadero éxito editorial -lo que se llama comúnmente un *best seller*- y la fama y difusión

que conoció no es en modo alguno injusta. *La Argentina como sentimiento* es una reflexión valiosa, valiente y profunda sobre el ser nacional, redactada en una prosa clara, breve y elegante. Publicado en 1982, apareció en varias ediciones, se comentó y difundió profusamente durante buena parte de la década de los ochenta, sobre todo durante el periodo que coincidió con el entusiasmo por el restablecimiento de las instituciones democráticas.

La primera fase de la presidencia de Alfonsín, desde 1983 hasta 1987 -año en que el desencanto hace presa de los argentinos a causa del fracaso del plan económico-, fue una época sumamente propicia para la reflexión y discusión sobre los problemas nacionales: nuestro país se encontraba en una instancia deliberativa de carácter fundacional, tan bien descrita y estudiada por Hannah Arendt.

Lamentablemente, las líneas fundamentales de pensamiento que se adoptaron no eran las más adecuadas, la reflexión se perdió en ideologismos y la desilusión se tradujo en escepticismo y vaciamiento cultural, manifestado ya en la fase terminal del gobierno radical, y más acentuadamente en las épocas del menemismo en el poder. El regreso del peronismo al poder en 1989 se produce en circunstancias de progresiva depresión intelectual. Las primeras euforias del nuevo régimen causaron un efecto narcotizante sobre la inteligencia crítica del país.

En mi caso, *La Argentina como sentimiento* fue una lectura varias veces postergada, a pesar de que el libro me fue recomendado en repetidas ocasiones. Algo que probablemente me alejó de sus páginas fue un prejuicio contra su título: ¿qué revelaciones o consideraciones acertadas podía tener hacer un ensayo que tomaba como punto de partida -o de arribo- el sentimiento? Me decidí a comprar mi ejemplar a mediados de la década del noventa, cuando ya languidecía en los anaqueles de una librería de segunda mano. Me topé con él nuevamente en mi biblioteca, durante el verano de 2002-2003, con ocasión de mis vacaciones en el país.

He de confesar que la impresión que me causó la lectura de sus primeros capítulos fue un verdadero deslumbramiento. Por fin encontraba un planteamiento que comenzaba por una detección precisa y completa de los síntomas del malestar. Sin embargo, la sensación inicial fue diluyéndose al asomar al diagnóstico de la situación, y se desvaneció por completo al llegar a la terapia. El libro va de más a menos, sumergiéndose lentamente en un pantano de confusión y tópicos, aún cuando por momentos el autor nos regale una consideración brillante, un chispazo de luz que ilumina por un instante las profundidades espesas y oscuras del planteamiento general del libro. Massuh se revela en *La Argentina como sentimiento* como un observador magnífico y un analista discreto.

Con todo, los aspectos menos acertados del libro ofrecen unas posibilidades de interpretación y de reflexión casi tan valiosas como los que dan en el blanco, más por lo que dejan ver que por lo que se empeñan en mostrar. Mi propósito es revisar críticamente esos aspectos, a efectos de corregir un discurso que comienza bien orientado, pero que luego se extravía por caminos que no llevan al lugar deseado.

3.1. Los síntomas

Como ya he adelantado, la primera parte del libro, compuesta por los capítulos I al III son, sencillamente, magníficos. En tanto que las consideraciones críticas de *La Argentina como sentimiento* son numerosas y requieren un tratamiento detallado me limitaré a un breve comentario sobre los aspectos positivos del libro, remitiendo y aconsejando vivamente su lectura directa.

Sólo cabe hacer una observación general sobre esta primera parte. Ya que se trata -como el autor bien advierte- de diagnósticos parciales -y por tanto equivocados- de los problemas del país, estos capítulos se refieren más a los aspectos aparentes del mal -que aparecen absolutizados en las diagnósis erróneas- esta primera parte posee una característica más bien relacionada con los síntomas del mal, y también del bien: el propio Massuh habla de *los signos de la salud*.

En *El mal argentino*, Massuh pasa revista rápida a las explicaciones más difundidas sobre los problemas argentinos. Desfilan así el desierto, la población hispana e indígena, la colonia, los intentos de europeización, la religión católica, el laicismo, las fuerzas armadas, los partidos políticos, la oligarquía, la industrialización, la inmigración, la clase media y el populismo. Probablemente, la única observación que deba hacerse sea que el autor no llama a algunas de las cosas aludidas por su nombre. Pero sobre esta cuestión volveré más adelante.

En *Los signos de la salud*, el autor emprende una crítica puntual y efectiva de los diagnósticos enumerados en el capítulo anterior, desde el argumento general de que cada uno de ellos y todos en conjunto pueden ser perfectamente considerados como rasgos positivos y elementos benéficos de la identidad nacional. Massuh explica el carácter parcialista y simplificador de las explicaciones del mal argentino al uso.

Probablemente, lo que haya que reprochar al autor sea que en este ejercicio de identificación de cualidades positivas del ser argentino, Massuh caiga en juicios históricos apresurados, en sentencias no fundadas. Tal es el caso de la estabilidad institucional y la desaparición de la hegemonía de los liderazgos incontestados y las personalidades fuertes, como factores determinantes de la recuperación del interés de la ciudadanía por la política.

Puede decirse, a dos décadas y media de regularidad en el funcionamiento de las instituciones, que nunca el desaliento y el hastío por la cosa pública ha sido tan profundo y esté tan extendido. Por otra parte, a treinta años de la muerte de Perón, la ausencia de líderes genuinos es uno de los principales problemas de la vida política argentina.

3.2. Los diagnósticos

3.2.1. Entre la psicología social y la configuración histórica

En *Otros diagnósticos*, la observación de los vicios argentinos toma un cariz más profundo y personal. Massuh descende en busca de las raíces profundas del malestar nacional. Encuentra allí al descreimiento, la frustración, el desarraigo, el aislamiento, la censura.

El *descreimiento* argentino es una forma de escepticismo dañino, de desconfianza socialmente disolvente, que se alterna con fases de una autoestima desmesurada, de una atribución de virtudes que el argentino en realidad no posee, y que compone el ritmo de las pulsiones del alma nacional, cercano a la ciclotimia. Esta falta de fe en el ser nacional se puede atribuir a la carencia de una imagen perdurable de sí mismo -formado por creencias comunes, recuerdos, orgullo y esperanza- que lo sostenga en los períodos de inseguridad y desesperación.

En el plano de las representaciones colectivas, el argentino se mueve entre los extremos formados por un *mesianismo espurio* (en momento de autoestima alta) y una *mentalidad dependiente* (en momentos de descenso de la estima). El descreimiento alimenta, según Massuh, formas hedonistas de convivencia: en realidad, parece tratarse de hábitos y costumbres contrarios a la convivencia. Estas formas se manifiestan en pequeñas

devociones, metas irrisorias, goces momentáneos, y también con análisis corrosivos y profecías pesimistas.

En *la frustración*, el autor se pregunta por el sentido que puede tener la consagración individual a nivel nacional e internacional de argentinos en un medio que se debate en un continuo fracaso. Massuh advierte acertadamente que se trata de una contraposición en buena medida aparente (sobre esto se volverá más adelante) y que las frustraciones argentinas sólo se refieren a los aspectos políticos y económicos de la vida colectiva.

En este sentido, el autor también se ocupa de matizar esta visión pesimista, afirmando que no hay que confundir crisis de poder con fracasos políticos significativos: esta perspectiva que rectifica Massuh responde a lo que el propio autor llama la “sacralización del Estado”.

El capítulo dedicado al *desarraigo* abre con una observación magnífica, que en mi caso personal posee resonancias autobiográficas: el descubrimiento del propio país desde el extranjero, a través de sus personalidades destacadas. Massuh advierte el misterioso conflicto -ya asomado en la frustración- que existe entre los éxitos personales de los argentinos y su fracaso como sociedad. Hace una observación muy reveladora: “el creador argentino no es todavía el verdadero educador de su país”.⁵⁴ Ese divorcio hace que aparezca una pedagogía de reemplazo montada sobre el miedo, la mediocridad y los prejuicios.

El autor centra su análisis en el intelectual, pero lo hace extensivo, con las diferencias del caso, al resto de los argentinos. Realiza una observación capital para comprender nuestros vicios de convivencia: el desarraigo argentino es, naturalmente, un desapego, un desinterés por los problemas comunes. Pero no se trata de un espíritu nómade o errante, que no asume nada como propio. Al revés: el argentino busca arraigo en otras latitudes, o vive la permanencia en su propio país como un exilio: experimenta “el fervor por algún país distante en cuyo suelo cultural se desearía haber nacido o la añoranza imprecisa de algún paisaje secreto que abandonó involuntariamente”.⁵⁵

Esta actitud se manifiesta en formas de desprecio, minusvaloración e intolerancia ante la cultura, las costumbres las instituciones y tradiciones del medio. Massuh explora los orígenes de esta actitud, y se remonta para ello a la época de la colonización, encontrando claves fundamentales para comprender el presente. Tanto en los primeros pobladores de origen español como en los inmigrantes europeos del siglo XIX y las migraciones internas del XX, se posee más la experiencia de la ruptura que la de la continuidad.

Según el autor, la “obra maestra” del desarraigo local es el individualismo argentino.⁵⁶ La movilidad de ánimo e inteligencia, la capacidad crítica, el disconformismo y el distanciamiento, la capacidad de conexión con otras tradiciones y culturas sitúan al argentino en una posición no condicionada decisivamente por la propia tradición, lo proveen de una perspectiva universalista poco usual. El autor revierte así en positivo el juicio sobre el desafecto, que apuntaba a convertirse en lapidario.

Más aún: una consideración detenida sobre esta cadena de relaciones causales revela puntos oscuros en el razonamiento. Según Massuh, el desarraigo produce el individualismo y éste, la capacidad de adquisición y comprensión de otras tradiciones culturales y la perspectiva universalista. Veamos: el desarraigo es un vicio de la convivencia, y el individualismo, otro. En primer lugar, no está nada claro que el desarraigo conduzca al

54 Massuh, Víctor. *La Argentina como sentimiento*. Buenos Aires, Círculo de lectores, 1982, p. 63.

55 Idem, p. 66.

56 Idem, p. 61.

individualismo, puesto que todo hombre posee una comunidad de referencia, sea ésta la familia, el pueblo o la nación. El desarraigo, tal como se lo entiende, tiene que ver con identidades definidas en términos espaciales, y más precisamente, telúricos, tomando como espacio de referencia el concepto tradicional de nación dotada de territorio.

Pero en el caso argentino, el desarraigo se manifiesta de un modo muy especial, como bien muestra el autor: el argentino arraiga fácilmente en otros entornos culturales, se adapta sin mayores problemas. De este modo, argentino es un desarraigado, pero en su forma específica de *renegado*. De esta forma el individualismo argentino no parece ser fruto del desarraigo puesto que ese desarraigo es selectivo: se manifiesta *contra* su país. Abandonada ya su tierra el argentino se olvida del desarraigo y manda su individualismo a paseo: se integra.

Otro problema que plantea el desarrollo de Massuh es el siguiente: ¿cómo es posible que un *individuo*, que es -por definición- expresión de lo *particular*, puede tener capacidad para comprender y acoger lo *universal*? Si un individuo tiene dificultades constitutivas para *comunicar con lo común* -valga la redundancia- lo universal queda definitivamente fuera de su alcance. Eso, sin mencionar que lo que Massuh llama *lo universal* en realidad se limita a la asimilación de productos culturales que se producen en un área del planeta comprendida por Francia, Inglaterra, la Europa Central y los Estados Unidos.

Probablemente haya que buscar en otro lugar las causas de esta singular orientación de la cultural argentina. El propio autor concluye en que el desarraigo conduce a la ruptura, y que la falta de continuidad causada por ella impide la formación de una tradición cultural fuerte: en este caso, la cadena causal parece funcionar perfectamente. En cualquier caso, conviene retener la exaltación del individualismo y del universalismo que comienza a esbozar Massuh, porque más adelante se convierte en un verdadero *leitmotiv*.

3.2.2. Males menores

El relevamiento de las dolencias del país pierde significativamente altura cuando el autor somete a consideración el *aislamiento* y la *censura* como sus causas alternativas. En el primer caso, Massuh entrevé agudamente los riesgos y las ventajas de un mundo globalizado, y las tendencias de las potencias centrales de confundir solidaridad con intervención en sus relaciones con los países periféricos.⁵⁷

Sin embargo es una discusión ficticia, como bien pone de manifiesto el propio autor, al considerar que es preciso que la Argentina se integre en la comunidad internacional, pero manteniendo su identidad propia. Por otra parte tanto se podría calificar el aislamiento argentino como responsable de los males del país como posición privilegiada desde la que ha visto desarrollarse a distancia conflagraciones continentales a una escala nunca vista.

Con la censura sucede lo mismo que con lo ya señalado respecto a los juicios históricos apresurados.⁵⁸ Se trata de una discusión muy coyuntural, que no ha resistido bien ante el paso del tiempo, y que formaba parte de las prácticas habituales de los gobiernos de facto, perfectamente integrados en su lógica de intervención en las instituciones, defensa de agresiones externas y reparación de tradiciones y costumbres. Massuh revive un debate que unos meses después de la publicación del libro dejó de tener sentido.

En lo que probablemente no acierta es al afirmar que la censura es necesariamente un factor de atraso en las sociedades y un signo de inmadurez cultural: Massuh no advierte que todas las sociedades, sin excepción, poseen su *dogma* propio, su conjunto de creencias

⁵⁷ Idem, p. 54.

⁵⁸ Idem, p. 57.

que no admite discusión ni cuestionamientos, y poseen formas funcionales de interdicción y censura. Ignorar esto es repetir el más infantil de los dogmas ilustrados.

El remate del párrafo dedicado a la censura ilustra bien a las claras el defecto del razonamiento, a la vez que pone de manifiesto la corriente ideológica de la que es tributario el autor.

“Es preciso dejar que (el hombre de estas tierras) decida entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo saludable y lo malsano, entre lo justo y lo injusto: que se desgarré solo en esta agonía, sin la protección del Estado. Es preciso correr el riesgo del desorden y de la equivocación. ¿Qué otro modo hay de fundar un orden humano y ser verdaderamente libre?”.⁵⁹

En primer lugar, es claro que si lo que se prefiere es la posibilidad de elección entre el mal y el bien, lo bello y lo feo, etc., *quiere decir que la elección se considera en sí un bien*, razón por la cual ya se decidió antes que (y en nombre de) el hombre de estas tierras. La elección entre el bien y el mal se decide dentro de un margen preestablecido y no en términos absolutos: ya se ha censurado y suprimido *el mal* de la no elección.

En segundo lugar, es falso que la libertad genuina, verdaderamente madura y constructiva, se debata entre el bien y el mal: sería una libertad dañina y destructiva. En realidad lo hace entre dos tipos de bien. Y para que la libertad se ejerza acabada y totalmente no es preciso aumentar el rango de posibilidades de elección, sino educar en la elección, formar la inteligencia y la voluntad. La libertad necesita evidentemente de protección, aún cuando -en principio- pueda estarse de acuerdo en que el Estado no es el más indicado.

En tercer lugar, el “orden humano” y la “libertad verdadera” que Massuh reclama, no surgen de la máxima disponibilidad de elección sino del acierto de las elecciones de sus miembros.

3.2.3. ¿Por qué dicen populismo cuando quieren hablar de peronismo?

Pero Massuh realiza una revisión incompleta de los males argentinos. Éste es probablemente el principal defecto de la primera parte. De hecho, omite del más común y difundido de los dictámenes sobre los orígenes de la decadencia nacional: *la culpa la tiene el peronismo*. Durante la crisis institucional que tuvo su punto álgido en la Navidad de 2001, esta afirmación se convirtió en un tópico, repetido hasta la saciedad, tanto fuera como dentro del país. Los problemas argentinos -se dijo en ese momento, y se repite ahora, con un conocimiento paupérrimo de la historia del país- comenzaron en 1945.

Sería muy difícil y agotador revisar el error de esta sentencia: es tan falso como afirmar que en 1945, los problemas argentinos fueron definitivamente derrotados. Baste señalar que este modo de antihistórico de comprender el pasado nacional asume como presupuesto que antes de la fecha fatídica, el país poseía un destino manifiesto de grandeza.

Se ignora -entre otras cosas- que los problemas de continuidad institucional había comenzado 15 años antes, por lo menos; que la estructura económica del país mostraba rasgos de estancamiento desde los primeros años del siglo, y se configuraba definitivamente como una economía dependiente, sin orientación a la reinversión, ni a la diversificación, ni a la formación de un capitalismo nacional; que la clase media era prácticamente inexistente, y que no había legislación social ni laboral efectiva; que la corrupción y la venalidad ya se cebaban en la administración y en el gobierno.

Por otra parte, se asume una interpretación de la historia que combina elementos de la teoría conspirativa y la catastrofista. De ese modo la inocente, pacífica, honesta y

⁵⁹ Idemp, p. 59.

próspera Argentina de antes de 1945, se habría visto sorprendida por unos bárbaros invasores del exterior (por no decir alienígenas venidos del espacio) perfectamente conjurados, que habrían aplicado masivamente un lavado de cerebro a la población, sometiéndola a sus mezquinos designios y privándola de toda capacidad de discernimiento.

Massuh no ignora el diagnóstico antiperonista. De hecho suscribe a él, pero cubriéndolo bajo el piadoso manto del *populismo*. Escribe:

“En la Argentina hemos vivido con intensidad el fenómeno del populismo. Tuvo una duración prolongada, no fue un hecho ocasional ni pasajero. Duró todo el tiempo que el general Juan Domingo Perón se mantuviera tanto en el gobierno como en el exilio donde su poder aumentó enormemente: no gobernando, su influencia en la vida argentina fue mayor.”⁶⁰

Este elocuente pasaje invita a que el lector se pregunte por qué Massuh pretenda referirse al populismo, si en realidad lo que le interesa es el peronismo que, según parece, agota las formas del populismo argentino.

Pero conviene analizar el concepto empleado por el autor. Por populismo, Massuh entiende “la versión muchedumbrizada del pueblo”,⁶¹ que se expresa en manifestaciones multitudinarias a cuyas reacciones el líder atribuye el carácter de fallos del pueblo. Se asume como criterio definitivo el que expresa la mayoría, real o ficticiamente representada por la concentración de masas. El populismo “sacraliza al Estado”⁶² convertido en instancia absoluta, en criterio de verdad política, económica, estética y cultural. Combina “emocionalismo cálido y mecánica ritual”.

En la Argentina, es “la expresión de un voluntarismo histórico, porque hizo de la voluntad de un hombre el centro de un formidable movimiento de masas y el vértice del destino colectivo”.⁶³ El líder se unificado en una misma sustancia con el pueblo. El populismo se sustenta en una deliberada manipulación de las emociones, tendencias e impulsos gregarios: “no apela a la razón sino a las desmesuras del sentimiento”.⁶⁴ Entre sus recursos se encuentra la sobreactuación, la exageración, la idolatría y el histrionismo, y se intenta componer una estética de lo espontáneo.

3.2.3. Populismo e inteligencia

Para Massuh el populismo es una especie de cóctel ideológico que combina *demagogia*, *estatismo*, *caudillismo* (incorrectamente, el autor llama a este rasgo “voluntarismo”, quizá para oponerlo a la “inteligencia” como contrario del populismo, y aumentar el efecto de contraste) y *emotividad*. Pero ¿es acertada su descripción? Veamos: sin intención de convertir este ensayo de interpretación en una discusión científica, es necesario hacer un par de notas bibliográficas.

Desde el ya clásico volumen editado por Ghita Ionescu y Ernest Gellner al formidable estudio sobre el populismo ruso de Franco Venturi, pasando por la reciente rehabilitación del populismo norteamericano llevada a cabo por Paul Piccone y los desarrollos de un autor como Ernesto Laclau, el populismo se revela como un fenómeno mucho más complejo y difícil de valorar en conjunto, como nos quiere hacer creer el pensador argentino.

Entre sus aspectos menos conocidos y más interesantes, se encuentra su preferencia por formas tradicionales de ejercer el gobierno, basadas en las relaciones personales y no en

60 Idem, p. 79.

61 Idem, p. 80.

62 Idem, p. 53.

63 Idem, p. 80.

64 Idem, p. 82.

la mera geometría de los vínculos formales o abstractos, su defensa de los usos, costumbres e instituciones de las pequeñas poblaciones, su apoyo en creencias e ideas culturales, sociales, políticas o religiosas compartidas por la comunidad, su inclinación a favorecer la formación de líderes locales que sean conocidos directamente por todos los miembros de la comunidad y respetados por su trayectoria personal vinculada a ella, y sobre todo, su insistencia en una acción política diseñada a partir de los intereses de las pequeñas comunidades, las poblaciones locales, los vecindarios y los grupos de familias.

Si se repara en este lado oscuro (por no conocido) del populismo se concluye de dos formas diferentes. *Primero*: que el peronismo no se ajusta al concepto de populismo con el que opera la ciencia política. En realidad, el populismo peronista al que alude Massuh constituye una expresión retórica, que intenta resaltar los aspectos relacionados con exaltación de la población o el empleo de las masas, cercanos al *decisionismo* (y quizá con formas directas -personales- de ejercicio del poder) pero sin caer en los inequívocos y duros dictérios: *demagogia* o *masificación*. *Segundo*: que dada la actual crisis de la participación política y las escasez de liderazgo en la cosa pública, el florecimiento de una forma populista de comprender y practicar la política podría ser el modo más deseable para que se produzca la tan deseada regeneración de los elencos dirigentes del país.

La contrafigura -a modo de antídoto- que el autor opone al populismo es la de la *inteligencia*: un “organismo delicado y sensible”, que se retrae en un “ambiente demasiado rudo o poco propicio para su desarrollo”, diametralmente opuesta a la “viveza” oportunista, veleidosa, efectista e inestable del líder populista. La inteligencia, a diferencia de la viveza, “frecuenta el tono frío de la demostración, no entusiasmo, propone soluciones simples y de sentido común, posee el hábito de enfrentar la realidad”.⁶⁵

Voy a pasar por alto el enorme error que implica desconocer la importancia central que posee el afecto y los sentimientos en la política. Es por otra parte, un punto ciego de cualquier formulación ideológica liberal. Ignoro si el autor conoce la clásica distinción entre intelecto y razón. La filosofía clásica afirma que el intelecto es una forma de conocer perfecta, inmediata y contemplativa, mientras que la razón procede por vía discursiva, es el modo arduo de conocer, que va paso a paso, descubriendo trabajosamente la verdad. Es posible que Massuh haya evitado referirse a la razón para evitar el mote de racionalista.

Pero en cualquier caso, el modo de conocimiento necesario para la acción política es, precisamente el racional: la razón política es, como toda forma de razón práctica, discursiva: delibera en torno al fin que pretende conseguir, y considera los medios de los que dispone para hacerlo. En esta consideración de medios descubre que debe mover a otras voluntades para conseguir un objetivo político, y en este sentido debe obtener la adhesión de sus voluntades.

De ese modo, la dicotomía que el autor plantea entre el emotivismo afectivo del populismo y la frialdad de la inteligencia es un falso enfrentamiento, puesto que ninguno de las dos alternativas da cuenta de la racionalidad política, en la que confluyen entendimiento y voluntad. Por otra parte, el perfil de la inteligencia política trazada por Massuh se parece demasiado al gobierno de los sabios o a la “república de los intelectuales”. Quizá el molde del pensamiento político francés haya calado en su espíritu más de lo que él imagina. Es un pensador español, gallego para más datos, quien ha señalado recientemente la sabia desconfianza que poseen los anglosajones ante los intelectuales metidos a políticos. Quizá sea ésta una de las claves de la superioridad política de los anglosajones en la actualidad.

65 Idem, p. 83.

3.2.4. La eclosión liberadora del individualismo

Pero el peor daño que -en opinión de Massuh- ha causado el peronismo es la represión, inhibición y ocultamiento de la individualidad propia de los argentinos: “el populismo desconfía de la singularidad, bloquea las potencias que hacen de cada ser humano un ente único y diferenciado”. El autor reconoce el carácter social de la naturaleza humana y afirma la individualidad única de cada persona. Sin embargo, escribe a continuación:

“Si quiere seguir siendo hombre debe nutrirse de su soledad, de su iniciativa creadora, ejercitar la voluntad libre, el sentido de la aventura y la búsqueda de la calidad más alta. El individuo crece libremente cuando elige a solas y contra toda determinación exterior, tutorial o gregaria, el camino que lo llevará al encuentro con las cosas, los demás y el mundo. Sólo quien ha sido de ese modo fiel a sí mismo, puede prolongar saludablemente con el pequeño grupo, el equipo de trabajo o la camaradería de los iguales”.⁶⁶

Según Massuh, el populismo actúa a través de su pedagogía colectivista, estatista e igualadora contra la individualidad creadora: “es respondiendo a una firme voluntad argentina de diferenciación singular, estilo propio, autonomía, selección cualitativa, autoestima, iniciativa personal y sentido del coraje y la aventura, que el hombre de estas tierras vivió sus hazañas mayores y fundó la grandeza del país”.

Pero es necesario abandonar esta construcción ideológica del populismo y las dialécticas propuestas por el autor, para centrarnos en el credo individualista que erige como rasgo más propio de la idiosincracia argentina: “el argentino es individualista, y cuando es fiel a esta naturaleza *da de sí lo mejor*”. Por el contrario: “cuando se lo convoca a un comportamiento impersonal, masivo o gregario, donde su singularidad queda desdibujada, entonces *da de sí lo peor*”. Cuando la responsabilidad personal se neutraliza “entonces se entrega a la irresponsabilidad”. Se trata, según el autor, de una ruptura, de un salto cualitativo, en la que individualidad se disuelve en la masa o la corporación.

Eso no es todo. La prédica colectivista que penetró en varias generaciones de argentinos terminó por cristalizar en un “individualismo degradado”, egoísta, elitista y socialmente insensible, que pierde fe en el país, se entrega a mimetismos extranjerizantes y desea abandonarlo. Para Massuh, la ecuación es evidente: “sólo un pleno desarrollo del individuo hace posible el despliegue de la comunidad, y es la única garantía de que esta última no se confunda con formas gregarias que arrasen con todo”. Esta claro por tanto de dónde proviene la amenaza y qué la puede conjurar. Es en la “valoración del individuo como eje de la voluntad libre donde se cifra buena parte de la esperanza argentina”.⁶⁷

Parece evidente que Massuh plantea el problema de la sociabilidad argentina en forma de dialéctica, de enfrentamiento entre dos términos antitéticos, sin reconciliación ni síntesis posible: o individuo o masa. Pero ¿es real esta oposición? Es decir, ¿son, efectivamente, dos formas diversas de sociabilidad?

Comencemos por lo más sencillo. ¿Es la masa una forma social? Evidentemente, no. Se trata, en todo caso, de una patología de lo social, una degradación de la relación interpersonal y comunitaria. Por otra parte, se trata de un estado pasajero, necesariamente efímero, en el que las personas se convierten en fuerza destructora o multitud vociferante. Nadie puede vivir *en masa* de modo regular o permanente. La masa es un conglomerado impersonal de individuos que actúan impulsivamente, sin control sobre sus acciones. De ahí que nadie, ningún pueblo, ni el argentino ni ningún otro pueda, dirigido por un “comportamiento impersonal, masivo o gregario”, *dar de sí lo mejor*.

66 Idem, pp. 84-85.

67 Idem, p. 87.

De este modo, al menos uno de los polos de la dialéctica propuesta por Massuh es falsa. Lo mismo ocurre con la identificación entre masa y *colectivismo*. Es posible que la educación provista por el régimen peronista haya tenido fuertes dosis de adoctrinamiento ideológico y de propaganda. Pero de ahí a afirmar que se trata de una pedagogía colectivista, es algo que habría que demostrar en los hechos históricos. Lo mismo sucede con la atribución a la pedagogía colectivista del individualismo cínico y asocial como efecto colateral: afirmar esto es suponer que el individualismo argentino anterior a la llegada del peronismo al poder era un individualismo virtuoso.

En realidad, hay que situarse en la perspectiva del propio autor: para alguien que descubre en el individualismo argentino la clave de la grandeza nacional y la prosperidad del país, toda forma que no aparezca como incentivo del individualismo aparece como una amenaza colectivista de signo staliniano o maoísta. Massuh se sitúa explícitamente del lado del individualismo.

Ya hemos adelantado el verdadero carácter del individualismo: se trata de otra patología de la sociabilidad, que cuando se manifiesta como actitud dominante de una sociedad, desencadena procesos disolventes. Si no se lo considera de este modo, como un mal, la promoción individualismo como actitud social deseable no es más que un espejismo, algo ilusorio. El propio Massuh lo señala en páginas anteriores, dedicadas a la frustración.

“No es justo afirmar que en nuestra tierra se alcanzan mejor las metas individuales. Y eso porque la oposición entre ambos órdenes es aparente. Una realización individual casi nunca se da aislada ni a partir de una voluntad singular que sólo se expresa a sí misma; más bien es la manifestación del esfuerzo que un conjunto de voluntades llevan a cabo en común. Lo que aparece como acción solitaria es el vértice de una pirámide de trabajos silenciosos levantados por una generación o un pueblo”.⁶⁸

Este texto, de una notoria lucidez crítica, luego deja paso a una exaltación vulgar del individualismo, que transita por los lugares comunes de la ideología liberal. No hay tal “nutrición de la propia soledad”, porque nadie se nutre a sí mismo. Tampoco hay “elección a solas y contra toda determinación exterior, tutorial o gregaria”, porque de ese modo la elección (que en realidad sólo existe cuando se ve enfrentada a condicionamientos: la determinación releva de todo acto electivo) no plantea sus propias dificultades intrínsecas, y porque si no existe nadie que eduque la libertad, que enseñe a tomar las decisiones correctas, el ejercicio se vuelve autodestructivo. Ni siquiera hay una “fidelidad a sí mismo”: esto es un recurso retórico de mala factura.

De este modo, Massuh, preso de una dialéctica falsa, no advierte ni siquiera que en tanto que extremos que constituye exceso y defecto, respectivamente, ninguno de los dos puede constituirse en alternativa deseable, y se pronuncia categóricamente por uno de los dos. Esta cuestión posee singular importancia, ya que posteriormente, en el plano de las propuestas, Massuh nos ofrecerá un *modelo argentino*: “la superación de las dicotomías”.

En cualquier caso, una observación es incuestionable: el carácter individualista del argentino. Como se podrá ver más adelante, en boca de Massuh se trata de uno de los argumentos que operan como mecanismo de autocomplacencia: si los argentinos somos individualistas, y la clave de la prosperidad y grandeza del país está en el individualismo, entonces no nos puede ir tan mal. Interesa dejar aquí esta nota breve para retomar el hilo de la discusión. El individualismo de los argentinos es un vicio social característico. ¿Cómo

68 Idem, p. 51-52.

vencer esta actitud general, cómo reeducar al argentino en las virtudes que exige la convivencia?

El propio Massuh vislumbra borrosa y lejanamente el problema, pero no lo formula ni es plenamente consciente del mismo. Según el autor, la individualidad argentina se hace extensiva en “el pequeño grupo, el trabajo (talleres o aulas), en el café o la pequeña camaradería de los iguales”. Para él en estos ámbitos se manifiesta la individualidad fecunda del argentino, razón por la cual, estos ambientes de sociabilidad son secundarios respecto a la actitud atomista del nativo.

La relación de jerarquía opera exactamente al revés. Es en las instituciones, grandes o pequeñas, fundamentales o accesorias, perfectas o subsidiarias, en las que el hombre desarrolla su individualidad y su capacidad de relación. Para Massuh, no parecen haber más instituciones que el café, el trabajo, la escuela o la camaradería de los iguales (ignoro que podrá ser esto: ¿amistades quizá?). En realidad, el entramado institucional es mucho más complejo y extenso: pero es en la familia donde el hombre aprende a relacionarse y donde configura una personalidad diferenciada. Sin familia la sociedad se degrada, desarrolla las patologías sociales antes vistas: atomismo y acumulación.

Pero además de las familias, encontramos las escuelas, las universidades, las empresas, las parroquias, los clubes deportivos, las sociedades benéficas, las uniones vecinales, los partidos, los sindicatos, los organismos del Estado, las relaciones sociales no formalizadas, etc. Es en el entramado de estas instituciones donde se desarrolla la vida de las personas. Y los argentinos no son una excepción. Sólo una red fuerte y extendida de instituciones y relaciones diferenciadas puede restañar las heridas en el tejido social del país.

3.3. Las soluciones

3.3.1. El modelo unitario

Massuh es consciente de la dificultad de la empresa. Pero se trata de un esfuerzo que vale la pena, obligado por el desvelo de muchos argentinos que se preguntan angustiosamente por los destinos de la patria y su identidad diferencial. Hay que empezar por afirmar que el concepto de *modelo* es un tanto problemático, por lo que posee de elaboración teórica necesariamente distante de la realidad. Pero podemos evitar la digresión conceptual para centrarnos en las condiciones que el autor exige a lo que debe constituirse el *modelo argentino*. Massuh advierte -con razón- que debe ser un paradigma flexible, que no se encarne en un determinado líder, doctrina o movimiento político, complejo (dotado de múltiples contenidos) y que admita variaciones. Se pronuncia por una pluralidad de “modelos culturales argentinos que interactúen entre sí de manera complementaria y polémica”. Pero agrega:

“Un modelo único tiene efectos paralizantes: puede representar en cierto momento la tendencia dominante de una nación, pero enseguida su continuidad se vuelve compulsiva: termina encerrando al cuerpo comunitario en un lecho de Procusto. Un país vive cuando es capaz de este doble movimiento: el de la revisión crítica de los modelos existentes y el surgimiento de otros nuevos. El modelo único es francamente nefasto.”⁶⁹

Veamos: nuevamente el autor se mete en dialécticas ficticias, que no conducen a ningún lugar. Si es cierto que “el modelo único es nefasto”, no tiene sentido definir un modelo argentino. Precisamente un modelo argentino debe ser *único* por su *argentinidad*, por la especificidad que define una comunidad histórica, cultural y política. Por otra parte,

69 Idem, p. 94.

si deben coexistir varios modelos culturales ¿cómo podrá imponerse el modelo argentino que el autor propone?

La dialéctica es insoluble, porque Massuh no define bien los términos del problema. Es, efectivamente, necesario y deseable que existan muchos modelos argentinos: si es posible, tantos como los propios argentinos. Pero todos estos modelos deben guardar una relación respecto al “modelo argentino” la misma que poseen las especies respecto al género: todos deben ser “modelos argentinos”, diversos entre sí, pero comunes respecto al género al que pertenecen. De este modo, pluralidad y unidad pueden combinarse del modo más fecundo: *muchos modelos, por supuesto, pero todos argentinos*. Un modelo único, con un sinfín de variaciones.

Pero ¿cuál es el modelo cultural de Massuh? Según sus palabras, se trata de la “propuesta de una serie de valores y principios universales capaces de arraigar con hondura en la vida comunitaria”.

“*Universalismo* es el primer criterio de evaluación de cualquier producto cultural auténtico. Su contenido debe articular una significación válida para el hombre en general, tanto el de éstas como el de otras latitudes. *Arraigo* es el segundo criterio. Una cultura cobra forma cuando los valores universales que ella genera o importa, crea o asimila, echan profundas raíces en su suelo, en las costumbres y las instituciones. Es decir, cuando imprimen su sello en la vida de un pueblo y aparecen como el fundamento espontáneo de un pensamiento, de un canto, una rebeldía o una acción social.

Universalismo y arraigo son las condiciones ineludibles de una obra valiosa. En consecuencia, el sentido estricto de una cultura nacional se define como universalismo arraigado. No hay oposición esencial entre cultura nacional y cultura universal: sus términos son idénticos.”⁷⁰

Éste es, en definitiva, el modelo de Massuh. Es difícil ordenar y exponer jerárquicamente las objeciones que es necesario oponer al planteamiento. En primer lugar, es preciso señalar el punto de vista del autor: se trata de la perspectiva de un crítico de la cultura, que analiza y valora el “producto cultural” desde una perspectiva *ex post*, es decir, posterior a su “producción” y necesariamente a su consagración como bien cultural. Puede incluso conocer la génesis de ese producto, su proceso pero es claramente incapaz de plantear las bases o condiciones para que se consigan “productos” de calidad similar.

Quizá el problema radique en esta forma técnica, productivista, de referirse a la cultura, que la imagina como el efecto necesario de la disposición de elementos y procesos determinados. Así, la “universalidad” de un producto cultural, parece responder a una *intentio auctoris* previa, perfectamente definida, por obtener un resultado de significación y validez universal. De este modo, tanto Cervantes como Dante, tanto Goethe como Shakespeare, tanto Dostoievsky como Hernández, habrían seguido conscientemente una serie de pautas de composición cultural universal para componer sus obras. Esto es notoriamente falso.⁷¹

La universalidad de un bien cultural (prefiero hablar de bien y no de producto) está en relación directa con su calidad, y no con las intenciones universalistas de quienes las realizaron. La cultura es universal cuando es reconocida y apreciada por entornos culturales diversos. La universalidad de un bien cultural de algo está en su repercusión, es decir, al final del camino, y no en su ejecución. Hernández compuso el *Martín Fierro* para los argentinos, Cervantes escribió para españoles y Dante hizo lo propio con sus paisanos

70 Idem, pp. 95-96.

71 Es pertinente recordar lo que el propio Mallea explica en su obra: “porque nada más exacto que la afirmación de André Gide cuando sostiene que un autor es general en la medida que profundiza lo particular y que Shakespeare o Gogol o Rabelais no han sido de la entera humanidad sino a fuerza de ser uno tan inglés, el otro tan ruso y el último tan francés”. Mallea, ob. cit., p. 366.

florentinos: la universalidad vino después, con la consagración que trasciende las fronteras del tiempo y del espacio.

De este modo, plantear un modelo cultural específico que se proponga como objetivo consciente y primario la universalidad, no solamente es un contrasentido -lo particular nunca puede identificarse plenamente con lo universal, ni siquiera con lo universal arraigado- sino que constituye un construccionismo arbitrario, propio de intelectuales que piensan que la cultura es una cosa que reside solamente en la literatura, la pintura y la música. De ahí, además, que Massuh se equivoque al identificar cultural nacional y cultura universal (lo cual por otra parte, lo releva de esforzarse por definir el modelo argentino: bastaría con que los argentinos asumiéramos la cultura universal, o como dice el propio autor, la “arraigáramos”): la única cultural nacional que es universal, es la que es universalmente reconocida por su calidad intrínseca.

De ahí que todo universalismo *a priori* sea un universalismo “desarraigado”, que es el que preocupa y desvela al autor. Quien pretenda hacer ejecutar “obra universal” estará necesariamente imitando algún modelo cultural foráneo. El universalismo siempre está al final del camino, razón por la cual, en términos de diferenciación cultural que nos ocupa, nunca puede ser un presupuesto. En el caso concreto, la oposición entre universalidad y particularidad es estéril, una discusión gnoseológica y no cultural.

Massuh define el modelo cultural argentino: la “*superación de las dicotomías*”. En realidad, se trata de una obviedad casi imperdonable a un fino espíritu observador como el del autor: es claro que ninguna unidad subsiste si las partes se oponen y luchan entre sí. Si esto sucede, el todo está condenado a la extinción. Pero también es cierto que esta observación sirve para reafirmar la necesidad de un modelo argentino único, todo lo flexible y amplio que se quiera, pero que posea contornos definidos que permitan distinguir lo propio de lo ajeno.

De este modo, las dicotomías a superar son las siguientes: *vernáculo/europeo* (algo que podría entenderse si la Argentina perteneciera a un universo cultural no europeo: quizá a Massuh le esté pesando aquella máxima despectiva francesa que afirma que “Europa termina en los Pirineos”); *poder caudillesco/poder intelectualista* (algo que, como ya se ha visto, constituye una oposición de índole política en la que sólo el caudillismo es un término genuinamente político, lo que no quiere decir que sea el más adecuado, pero no se enfrenta a otro término político) en el que reaparece su obsesión por el peronismo; y finalmente, *mayorías/minorías* (este enfrentamiento no presenta ningún problema realmente grave si se refieren a *algo común*: si son mayorías y minorías de *algo* en lo que se coincide plenamente y sobre lo que no hay discusión), dicotomía en la que Massuh inserta “la Argentina excéntrica, minoritaria, individualista, arisca y subjetivista, integrada por solitarios disconformes, precursores y visionarios”.⁷²

Hay que preguntarse por qué es preciso superar una distinción natural entre lo típico y lo regular, y lo atípico o singular, en el caso de que ni lo uno ni lo otro conspiran contra lo común. En cualquier caso, ya se ha visto de qué modo Massuh, más que intentar superar esta dicotomía que no es tal (además de las razones ya dadas, puesto que ese conglomerado de incomprensidos ni siquiera tienen la cohesión de una minoría: son pura dispersión), se pone inequívocamente de un lado de ella y abjura de la otra.

Para Massuh la esperanza reside en el individualismo, y desde este presupuesto, el conflicto está zanjado: cree que a golpe de pura singularidad y talento individual se podrán

⁷² Massuh, ob. cit., pp. 97-105.

conseguir esas continuidades, tradiciones y regularidades que echa en falta y reclama a viva voz. No hay en realidad superación de dicotomías, puesto que ni Massuh sabe definir un camino que prescinda de ellas, ni tampoco está dispuesto a renunciar a las posiciones que ha asumido a lo largo del libro

3.2. La poesía como pedagogía ciudadana

Existe, en medio de este *diminuendo* donde se multiplican los desaciertos, una cumbre abrupta desde donde el autor recupera su lucidez y vuelve a mostrar unas dotes poco comunes de observación. Es precisamente al principio del capítulo titulado *La patria como sentimiento* donde explica las dificultades inherentes a la tarea de comprender y pensar la Argentina. Massuh advierte que la repetida y difundida consigna de “reflexionar con urgencia sobre sus fundamentos” es peligrosa y puede conducir a conclusiones falsas por apresuradas: “la prisa no concuerda con la profundidad”.⁷³

Este intento por reflexionar a fondo en el menor tiempo posible puede caer en el error de querer “empezarlo todo de nuevo”, que “puede ser un buen ejercicio teórico, pero no ayuda a vivir”. Esta perspectiva de la tabla rasa lleva directamente a la desesperación, y tiene su origen en los análisis de pretensión totalizadora, que toman la parte por el todo y desembocan en desalentadores cuadros de situación de los que es imposible salir o que no se pueden superar. “El juicio totalizador” -escribe Massuh- “muchas veces es un pretexto elegante para eludir la responsabilidad ante el problema concreto”, permite la autojustificación del exilio voluntario, opera como enmascarador de las dimensiones reales y la complejidad del problema concreto y “disminuye la fuerza y eficacia con la que es preciso enfrentar el problema inmediato”. Se trata, según el autor, “de una abundancia crítica que revela un déficit práctico”.

Esta actitud está estrechamente vinculada con lo que el autor denomina los *prestigios de la renuncia*: “por lo general somos más solidarios con el que renuncia a una acción determinada que con aquél que hace frente a los mil inconvenientes de su intento”. La observación es muy aguda. Massuh vincula estrechamente este fenómeno a la desconfianza que entre los argentinos genera el éxito.

“Actuar es ceder. La renuncia, en tales casos, es un triunfo moral: se consagra y celebra el coraje de no haber actuado. El no-hacer se va cargando de un contenido afirmativo, heroico, viene a ser un acto de esforzada resistencia. Este curioso derrotismo argentino alimenta el prestigio de los que renunciaron a hacer cosas y su eventual superioridad frente a los que las hacen. Sobre estos últimos cae el peso de la sospecha. Sobre los pobres argentinos que persistieron regularmente en la obra gris, enfrentando mil obstáculos, pesa la desconfianza: alguna trampa hicieron. Por supuesto, ni hablar de *éxito*. Cualquiera sea la tarea tocada por él suscita toda clase de suspicacias, se trata de una derrota moral. Pocas veces su reconocimiento es franco. En todo caso, no es fácilmente propuesto como un paradigma comunitario.”⁷⁴

El texto remite inequívocamente a los versos de *Cafetín de Buenos Aires*: “*me dí a las penas/ perdí mis años/ y me entregué sin luchar*”. Ni siquiera constituye una exaltación de la derrota: se trata de una renuncia propia del melancólico, que no se realiza a favor de un fin superior o a causa de un destino inexorable. No reconoce otra razón que el sinsentido de la acción.

El retrato del *fundador*, como le llama Massuh, se acerca mucho al perfil del patriota contemporáneo, que comprende y asume su tarea como una continuidad, pero se trata de una continuidad comprometida, irrenunciable y creadora: “vive la patria como una

⁷³ Idem, p. 110.

⁷⁴ Idem, p. 115.

herida o como una vergüenza que siempre identifica con la que siente de sí mismo, y cuyo primer acto de lucidez es descubrir la propia culpa antes que la de los otros”.⁷⁵ El autor se sitúa en estos párrafos muy lejos del individualismo “arisco y subjetivo” que defiende en otro lugar: la continuidad y la comunidad (que en realidad, son las caras de una misma moneda) aparecen como elementos determinantes del patriotismo argentino.

Sin embargo, el autor se revela impotente de llevar a cabo la tarea de pensar la Argentina porque para él “la patria fue siempre un sentimiento más que una idea o un acto de la voluntad”. De este modo, las respuestas que no halló en la reflexión y el estudio, las encontró en la poesía. Massuh advierte aquí la identidad de una sensibilidad común, un sitio poco frecuentado de reconciliación entre argentinos. El autor advierte que dado “el corazón débil” de los argentinos, su “carácter inclinado a las lágrimas y la incontinencia”,⁷⁶ además de las medidas de la razón, el remedio debe venir de una pedagogía de la emoción.

Se exige por tanto, la promoción de un “refinamiento de la sensibilidad para lo bello y no sólo para lo bueno, el cultivo de una memoria colectiva que actualice los hechos más significativos del pasado, que eduque al sentimiento y le dé forma”. Según Massuh “hay una cultura del corazón que contribuye verdaderamente a reducir sus manifestaciones excesivas: es necesario escuchar sus razones, no sólo las que se levantan contra él”.

“Creo que el país necesita de esta cultura del corazón, de la sensibilidad, de las formas de convivencia. Una educación de los ojos, del oído, el paladar, la palabra, los movimientos, los gestos y las formas de dirigirnos a los demás. Acaso una estética de los movimientos, una mímica gestual más complaciente con el prójimo y con la vida.”⁷⁷

Animado por esta necesidad, Massuh nos revela que “el poder de la poesía argentina como educadora de las emociones es enorme”.⁷⁸ Confiesa que su “sentimiento de patria” cobró forma a través de la palabra de los poetas. Su exaltación de la poesía argentina revela sensibilidad y amplio conocimiento del tema.

Sin embargo, a poco que se reflexiona detenidamente sobre la cuestión, aparece la necesidad de hacer una serie de distinciones y precisiones de carácter antropológico. En primer lugar, es preciso señalar que a diferencia de la inteligencia y la voluntad, que pueden educarse y formarse, el sentimiento, al ser puro efecto o redundancia de actos de la inteligencia y la voluntad, no es susceptible de corrección. Es posible educar al corazón, sus afectos e inclinaciones, pero no el sentimiento. Es necesario educar la estética, la posibilidad de comprender y apreciar lo bello, pero lo bello sólo puede ser apreciado a través de la mediación de la inteligencia y la voluntad.

Es verdad que la poesía debe cumplir un papel destacado en la educación estética de la persona, y que posee capacidades de comunicación que la prosa no puede alcanzar. Pero ponerla en el centro o la base de una pedagogía ciudadana y patriótica no es más que una desviación intelectualista y estetizante (las dos cosas siempre van juntas) del verdadero problema que Massuh se plantea al principio de su libro. El autor emprende su camino decidido a dar muerte al dragón que atormenta al pueblo argentino, pero se entretiene matando hormigas -o peor, aspirando el perfume de las florecillas del campo- sin llegar nunca a cumplir su objetivo.

La comunicabilidad propia de la poesía requiere dotes que no se encuentran en el común de los hombres: se trata de un lenguaje complejo, sofisticado, plagado de

75 Idem, p. 116.

76 Idem, p. 121.

77 Idem, p. 122.

78 Ibidem.

simbolismos y de diferentes niveles de significación. Sólo es asequible a una minoría. Por otra parte, la poesía -si no es soflama, sátira o himno de combate- inclina decididamente a la contemplación, a la visión extática y estática de un objeto. Y si bien es cierto que es necesaria una educación en la contemplación -de otro modo, incluso la comprensión del país se haría imposible- los problemas de los argentinos en cuanto que comunidad exigen una respuesta integral y compleja.

La mayoría, al tiempo de recrearse en lo bello debe descubrir y deslumbrarse ante lo bueno y ponerlo en práctica. Es preciso educar la voluntad y la inteligencia, proponerse el país como *proyecto* y como *idea*: Massuh acierta al exigir una educación de los gestos, los movimientos y los modos de relación. Esa tarea sólo puede ser llevada a cabo por la multiplicidad de las instituciones de la vida social, en las que la familia posee una jerarquía y relevancia inobjetable. Sólo en la familia y a partir de ella, es posible la educación integral de la inteligencia y la voluntad, la apreciación y valoración de lo bello y de lo bueno, la pedagogía del corazón que Massuh reclama.

3.4. El plácido remanso de la autocomplacencia

En el capítulo final, *El fracaso como desafío*, Massuh retoma el tema de la frustración como “ingrediente infaltable de nuestra existencia colectiva” y el contraste que forma la “fuerza innovadora, la capacidad de resistencia, la iniciativa solitaria y la decidida voluntad de triunfo” del argentino. Se trata de una doble vida, “de una capacidad constructiva dispuesta a equilibrar, con su abundancia, las erosiones de nuestra equivalente capacidad para la autodestrucción”.

Se advierte claramente en qué ámbitos de experimenta el fracaso continuado y cuáles son los del triunfo: “a veces tienen límites precisos y coinciden con las líneas divisorias de lo público y privado, el estado y la sociedad civil, el mundo de los funcionarios y el de los particulares, el país oficial y el país real”. El autor reconoce que “a veces los límites son imprecisos: “se trata de dos espacios, dos almas, dos historias en cada argentino, lo suficientemente fuertes para permanecer intactas, incapaces de triunfar la una sobre la otra”.

Las causas del fracaso están, según Massuh, a la vista: “negligencias, burocracias, razones inescrutables, discriminaciones secretas, reglamentos, miedos, listas negras, buenas costumbres”.⁷⁹ Contra estos obstáculos se alza la voluntad astuta que intenta dar el “rodeo elusivo, sembrar la semilla y vivir la libertad”. Escribe: “si las instituciones se vuelven estériles, el argentino se las ingeniará para trabajar fuera de ellas sin incurrir en ninguna práctica ilegítima”. El ejemplo primario y principal de institución obstaculizadora y opresiva -como ya se habrá podido adivinar sin mayores dificultades- es el Estado, pero también puede ser la Universidad.

El triunfo que depara la provocación como estímulo siempre es en “solitario”. Reconoce el autor que, a veces le parece que el argentino necesita vivir en esta tensión, moverse entre las dos dimensiones del fracaso y la afirmación personal: no lo vive como un castigo sino como un agravio, un desafío que obliga a la respuesta, “una barrera que estimula el impulso de transgresión y rebeldía”.

“Existe la Argentina de la frustración, del autoritarismo, la traba burocrática, la de la ‘santa alianza’ del miedo, la mediocridad y los prejuicios, el país de los sectarios, los desarraigados, los que se van, los hipercríticos, los incapaces de olvidar agravios, los poseedores de la verdad absoluta. Pero existe también la Argentina que reacciona y responde con la rapidez de un organismo joven, la de la

⁷⁹ Idem, p. 136.

iniciativa individual, la de sus creadores, los que no tienen miedo y aceptan la pluralidad, los que creen que la Universidad no debe parecerse a un cuartel ni a un monasterio, los profesores e investigadores que trabajan sin estímulos, la de los soldados que en las fronteras defienden en cuerpo de la patria; la de esos políticos que aun sin espacio para moverse, no olvidan la cotidiana gimnasia de las ideas ni la silenciosa oración por el país”.⁸⁰

Más allá de los excesos retóricos del texto transcrito, pueden verse -si aún no fueran lo suficientemente visibles- las líneas de enfrentamiento. Del lado de los obstáculos: las instituciones, las costumbres, las reglamentaciones, los hábitos, las creencias, las disposiciones, el orden creado. Del lado de los logros y los triunfos: el individuo y su voluntad solitaria, la resolución de sobreponerse a las dificultades. Regresa, provista de formas apenas disimuladas, la persistente dialéctica tan cara a Massuh. Finalmente, los enfrentamientos y las trabas del país se pueden vencer si se permite la explosión definitiva y libérrima del individualismo argentino.

El ensayo se sumerge en este punto -*definitivamente*- en las aguas calmas (¿pero fétidas?) de la autocomplacencia. Los síntomas alarmantes y el diagnóstico grave dan paso al analgésico, al narcótico: si el individualismo argentino solamente aparece y se despliega ante la dificultad que opone la institución o la norma ¿podemos prescindir de ella? ¿no es precisamente el mal funcionamiento de las instituciones el origen de la actitud triunfadora de los hijos de este país? El problema se vuelve insoluble, y el juego de las ideas termina por tapar con un lienzo de pintura naturalista que combina *graciosamente* luces y sombras, un horizonte cargado de las nubes tormentosas de la tribulación y el tormento interior del alma nacional. El “*somos así*” (el *quevachaché* -¿qué vas a hacer?”- de la célebre cantante de tangos, Tita Merello) se impone al *podemos ser mejores y deberíamos serlo*.

Porque la “tensión entre las dos almas” -la que llora y la que se sobrepone-, la lucha entre dos tendencias, en las que ninguna logra vencer a la otra, las “dos Argentinas”, que se debaten en lucha perpetua, no son tales. En esta lucha existe un claro vencido. Un país en el que no funcionan las instituciones, que son la expresión múltiple de lo común, es un país que ha fracasado, un aborto de la historia y organismo en descomposición. El “fracaso como desafío” es en realidad un fracaso en toda la regla, un fracaso como país, por más que después sus habitantes se sobrepongan -siempre parcialmente, en segunda convocatoria y tratando de “salvar la ropa”- apelando a sus fuerzas individuales.

El elogio de la *anomia* que entona Massuh revela una radical incompreensión de lo que constituye una empresa histórica, de lo que constituye una comunidad política y cultural. El impulso individualista romántico del que el autor es presa, se impone a sus capacidades de analista político. Por si quedara alguna duda o suspicacia, se cuida de aclarar que enfrentado al obstáculo, el argentino busca los medios alternativos para “no incurrir en ninguna práctica ilegítima”.⁸¹

Esto es, a todas luces, *falso*, y las pruebas están a la vista. Si fracasan las instituciones, las costumbres, los buenos hábitos, las leyes, los reglamentos y las disposiciones fracasamos todos. *No hay verdadera superación individual ante esto, sólo decadencia y disolución*. El sistema de la marginalidad institucional no es, en realidad, sistema alguno. El desafío que propone el fracaso común en realidad no admite segunda oportunidad, sino un agravio que no puede responderse.

El capítulo se cierra con una serie de consideraciones sobre el futuro político del país. No hay que olvidarse que termina el año 1982. El país se apresta a poner en

80 Idem, p. 140.

81 Idem, p. 136.

funcionamiento, una vez más, las instituciones democráticas. El autor insiste una vez más con el persistente *ritornello* del peronismo. Confía en que esta nueva reposición no se vea interrumpida por un golpe de Estado. Confía en que el populismo haya sido definitivamente vencido, aunque más no sea porque su demiurgo ha muerto y al parecer no hay nadie que ocupe su lugar: “*muerto el perro se acabó la rabia*”. Confía en que se imponga definitivamente la *racionalidad democrática*.

Adviértase en el cambio de términos: al principio del ensayo el autor se empeñaba en mostrar las bondades de la *inteligencia política*. La confusión entre política y democracia es evidente y el desmedro en la precisión -siempre precaria en Massuh, al menos en este punto- es de lamentarse: otro más que piensa que la democracia constituye por sí misma una escuela de pedagogía política, que para funcionar no necesita más fundamentos que sus propias instituciones y reglas de juego. A veinte años de distancia, los resultados de este equívoco fundamental no podrían ser más elocuentes.

La conclusión nos presenta un *epílogo sarmientino*, que está en consonancia con el declive del ensayo.⁸² El autor, que se nos ha propuesto la superación de dicotomías como modelo argentino, cede a sus propias antinomias. Si había que proponer un personaje que fuera el símbolo y la encarnación del proyecto propuesto por Massuh, la elección no pudo haber sido más desacertada. El sanjuanino no es solamente el reconocido autor o partidario de buena parte de los “males argentinos”, esos diagnósticos simplistas y falsos contra los que se levanta Massuh.

En realidad, Sarmiento es el fogonero incansable de las dicotomías mortales. Nuestro ensayista también parece ignorar la identidad de quien impuso modelos y esquemas extranjeros a la fuerza, quien despreció soberanamente las tradiciones y creencias de los argentinos de su época, quien intentó borrar todo rastro del enemigo político o instigar irresponsablemente el cuchillo de los masacradores del pueblo, quien exasperó conflictos sin detenerse ante la profusión de derramamiento de sangre.

Contra esto, Massuh opone un par de pinceladas caracterológicas y fisonómicas y la caterva archisabida de los lugares comunes de la vulgata liberal. No me interesa entrar aquí en discusiones historiográficas: el presente texto se ha extendido ya demasiado, y es preciso acabar. Más interés tiene la metáfora sarmientina en la que se recrea Massuh: el *festín de la vida*, que al parecer Sarmiento nos ha asegurado a los argentinos de la posteridad, renunciando a dárselo plenamente y gozando de él sólo a hurtadillas. Massuh piensa que el festín verdadero se lo dio Sarmiento, con su inagotable fuerza de creación y de vencimiento, mientras que los que comemos a hurtadillas somos nosotros. Es probable. En cualquier caso, el festín es un buen modo para aludir a las relaciones de buena parte de los argentinos con su país: aquellos consideran a éste como una pura sustancia nutricia.

3. 5. Conclusión: ¿la Argentina como sentimiento?

La lectura del libro no disipa del todo el interrogante abierto por su título. Pero, la Argentina como sentimiento ¿sí o no? El autor reconoce que para él, y ante las dificultades de racionalizarla, la patria subsiste como sentimiento, como sensibilidad, todo lo profunda que se quiera, pero sensibilidad al fin. Se trata de una respuesta a un estímulo espiritual, una redundancia. Es puro efecto. Esto se hace evidente en las conclusiones autocomplacientes del libro. Desde esta perspectiva, los profundos problemas planteados al principio no son tales, sino dolores del alma que no tienen remedio, que no mueven a la inteligencia ni a la voluntad. Porque eso es, sin más, el sentimiento.

⁸² Idem, pp. 153-157.

Frente a esta actitud general, son insuficientes los reclamos a la inteligencia. No digamos nada respecto de la voluntad, que es sistemáticamente confundida con el sentimiento, cuando no degradada en voluntarismo. Es probable que a pesar de que los libros que asumen la perspectiva de la Argentina como idea o como proyecto sean más abundantes y tengan por lo general una calidad más bien discreta, tal intento sea infinitamente más difícil, valioso e interesante que considerar al país como dolor, gozo o tribulación.

A treinta años de su aparición, *La Argentina como sentimiento* mantiene una actualidad atípica, un poco extraña, que sirve como efectivo reclamo para la lectura. Los problemas que aquejan al país son los mismos -y esto sirve para responder a los teóricos que afirman que el estado de postración y desconcierto nacional en esta época de entresiglos responde a causas inéditas- y los errores al querer comprenderlos y proponer soluciones son, igualmente, los mismos.

Precisamente por eso el libro sirve como motivo de reflexión y motor de discusión. Se puede proponer una conclusión adicional: si los términos de la discusión no se han modificado prácticamente en dos décadas ¿qué han -hemos, porque ya llevo unos años en esto- estado haciendo los intelectuales argentinos durante todo este tiempo? Si la cabeza no tiene respuestas a este interrogante, menos podemos exigirselas a las manos, los pies o el corazón.

4. Mallea y Massuh, la continuidad de dos momentos de reflexión

La primera cuestión que surge al concluir la lectura crítica de estas dos obras es si realmente Mallea experimenta una pasión argentina y si Massuh vive la Argentina como sentimiento. En realidad, parece que un enroque de títulos haría justicia a cada uno de los textos.

Mallea expone en su obra un *sentir* del país, centrado en sus experiencias personales: la articulación de ese sentimiento es deficiente, fragmentaria, es más bien una secuencia de postales o aguafuertes vivenciales del país. Massuh, en cambio, asume apasionadamente la discusión sobre la patria, persigue y enjuicia los argumentos sobre sus males, las explicaciones vertidas, su posibles soluciones. Su planteamiento es infinitamente más político, más comprometido que el esteticismo de Mallea. Hay más pasión en Massuh. Hay más sentimiento en Mallea

Hemos podido encontrar apenas una referencia de Mallea en la obra de Massuh, relativa a la “exaltación severa de la vida”, entre el elenco de poetas argentinos que menciona al sostener el valor pedagógico de la poesía.⁸³ Pero si se mira bien, la obra de Massuh es la continuidad perfecta de la obra de Mallea. Massuh adapta al discurso político y social las tesis de exaltación del individuo que ya se encuentran en Mallea, las despoja de ese lenguaje poético e introspectivo y las formaliza en un estilo definitivamente ensayístico. A la vez, aísla la perspectiva poética y la inserta como otro elemento constitutivo de la pedagogía del individuo libre y creador.

Incluso resulta difícil distinguir la autoría de algunos textos. Massuh precisa el liberalismo antropológico de Mallea, le da sustento teórico, lo libera de las difusas intuiciones de artista. Sustituye las dialécticas del novelista por otras, más radicales, más filosóficas. Los temores y presagios de Mallea en torno a la *invasión de humanidad*, a la masificación y la formación de gobiernos dictatoriales, poseen un epílogo en Massuh y su

83 Idem, p. 127.

crítica del populismo, la burocracia y los gobiernos personalistas, posterior al fenómeno peronista.

Las obras de Mallea y Massuh suponen una interesante y poco común variación del discurso liberal. Se trata de una perspectiva antropológica, que elude los argumentarios clásicos del liberalismo político y económico, usualmente dominados por la lógica del individualismo posesivo. Este liberalismo de matriz romántica y poética parece haber desaparecido definitivamente de entre los marcos posibles de interpretación de la realidad argentina contemporánea.